

EL  
HOGAR EN LA PAMPA

(CUENTO)

POR

S. ESTRADA.



Buenos Aires

IMPRENTA DEL SIGLO, VICTORIA 151

1866



# Dedicatoria

**A Héctor Varela**

*Que usted pueda leer sin anteojos estas mal escritas páginas, es uno de los mas fervientes deseos de su amigo*

**EL AUTOR.**



## Advertencia

La campaña es la fuente de la riqueza de nuestro país. En ella se forman los grandes capitales que engrandecen nuestras ciudades, y en ella encuentran también su pan, aquellos que no se sienten con fuerzas ó fortuna para emprender grandes especulaciones comerciales.

El cultivo de la tierra y el cuidado de los rebaños, son dos ocupaciones productivas, que hoy cuentan con un gran número de individuos consagrados exclusivamente á ellas.

Este libro tiene por objeto hacer amar la vida de los campos, desprestijada por antiguas preocupaciones.

Mi objeto ha sido presentar al hijo de las ciudades transformado en pastor ó labrador, los encantos que se encuentran en la soledad de los campos, y en el trabajo que mejora los productos de la naturaleza.

Es una opinion muy corriente, que el hombre que deja las comodidades de la ciudad y se va á vivir al campo, pierde los hábitos dulces de la familia y adquiere una corteza grosera, que llega hasta hacerle olvidar los instintos delicados é inteligentes.

Las pájinas que van á leerse tratan de demostrar, que el hombre que constituye una familia y que levanta su hogar en medio del desierto, puede encontrar la felicidad en la contemplacion de la naturaleza, en la vida del labrador ó del pastor, y llegar á ser entre los pobres hijos de los campos, un varon respetado como los antiguos Patriarcas.

El que civiliza las masas, dá buen ejemplo, domina la fuerza bruta, y mejora los productos de la tierra, es como el D. Luis de mi narracion, un ciudadano útil á la familia y á la patria.

En estas pájinas están copiadas las costumbres que han introducido en el campo muchos de mis amigos de la ciudad, á quienes saludo, ofreciéndoles este humilde recuerdo.

Este libro y otro que pienso escribir, retratando tipos verdaderamente orijinales de nuestra campaña, no aspiran á recojer el aplauso que debe tributarse á los trabajos perfectos. Su autor no aspira sino á que ellos sean leidos, y á que deduciendo de su estudio, la necesidad de cultivar este jenero de literatura, escritores mas autorizados vengan á la prensa á trabajar por el perfeccionamiento de nuestras costumbres, revistiendo sus

escritos de la forma lijera de la novela, la mas aceptable para propagar ciertas ideas.

Como buen padre, deseo á mi libro escelente hospedaje en el viaje de recreo que va á hacer por nuestra campaña. Si yo pudiera verlo, entreteniéndolo las veladas de los habitantes de nuestras Estancias, me sentiria complacido y hourado con que su pájina ménos mala recojiera la lágrima furtiva de alguna *puestera* ó que fuera señalada por el lector con una ramita de perfumado trébol, arrancada del campo solitario.

*El hogar en la pampa* no ambiciona conquistar corona de mas precio.

S. E.





## I.

En la fiesta de la milagrosa Vírgen de Lujan, que se celebra todos los años en el pueblo del mismo nombre, se renuevan algunas de las antiguas costumbres de nuestros gauchos.

La civilizacion que invade nuestros campos, llevando á ellos en los coches del ferro-carril, nuevas costumbres y nuevas necesidades, va haciendo perder su colorido orijinal á la vida del gaucho. Sus trajes y sus habitudes se van transformando completamente.

La *bota de potro* huye avergonzada á la sola presencia del *poblado*, para ser sustituida en los dias de fiesta por la de becerro, y en los de trabajo por la *alpargata*; el *chiripá* se cae de las piernas del gaucho, ya acostumbrado á la comodidad del pantalon de *piel del diablo*; el *cielo* se hace *perdiz* en los bailes, porque los *guitarreros* entienden mas de *polkas* y *mazurkas*, y el *coñaque* y el *vermouth*, han fundido á los importadores de *caña* y *jiniebra*.

A pesar de esto, en la fiesta de la Vírjen de Lujan, los *paisanos* bailan *cielo* y arman las célebres *barracas* de la funcion tradicional de la Recoleta.

La *barraca* es una especie de rancho sin pared al frente; ó mejor dicho, un galpon de tablas con techo de lo mismo ó de ramas secas.

En el fondo de ella, el *pulpero* improvisa un mostrador grosero y un estante idem, en que coloca botellas de *coñaque*, cohetes de la India, cajas de sardinas, pan, dulce de membrillo, y algunas baratijas.

En uno de los ángulos del galpon pone la mesa destinada al juego del *monte* cubierta con un *poncho* viejo.

En el extremo opuesto suele colocar el aparato para el juego de *bolos*, que preside el empresario de la fiesta ó el que lleva la *coima*, teniendo siempre en la mano, pues estas funciones son nocturnas, un farol poco limpio, en el cual arde una vela de sebo.

La iluminacion de la barraca es hecha, en las de lujo, con faroles de papel, y en las de *medio pelo*, con un *candil agonizante* ó una vela *encasquetada* en una botella, que tiene por despaviladeras los dedos de los parroquianos.

Algunos de estos juegan al *monte* en el ángulo izquierdo de la improvisada habitacion, otros cenan, teniendo por mesa el suelo, y los de mas allá cantan, tocan la guitarra, *payan*, ó escuchan de pié el canto y la música.

Todos fuman y se pasan el vasito, que el *pulpe-*

ro llena con frecuencia, porque como la noche es larga y los estómagos absorben como esponjas, es necesario pasar el tiempo y proporcionarles trabajo á aquellos.

El exterior de la barraca está ocupado por los *mosqueteros* y los caballos de los *mozos dueños de la fiesta*.

El humo de los cigarros ennegrece la atmósfera, al través de la cual se escapan los débiles rayos que arrojan los faroles.

Los bailes ya no tienen su campo de batalla en las *barracas*, porque las *mozas* no las frecuentan de algun tiempo á esta parte.

Las aficionadas *los dan* en sus casas.

Es de ver como se agrupan en el espacio reducido de un rancho hasta treinta personas, que ocupan el lugar de la puerta, las pocas sillas de la casa, el baúl de su dueña y la monumental cama de pilares y pabellon, en que ésta reposa de sus tareas.

Una *vela de baño* colocada en un candelero de hoja de lata, alumbrá la escena.

Los bailarines están emponchados y sus bocas parecen chimeneas de vapor.

El *bastonero* no falta en estas reuniones.

El *guitarrero* se sienta y cruza la pierna izquierda sobre la derecha, para esperar sus órdenes, apenas *va romper el beile*.

En los intermedios de este, el *cimarron* pasa de mano en mano, y alguno de los presentes echa la relacion del alcalde *que oía muchas demandas*, que

siempre terminaban con *alcaldadas* de tío y muy señor mío.

El *gato*, baile parecido al *zapateado* español, es acompañado por un canto que empieza así:

Salta la perdiz madre,  
Salta la infeliz!  
Que se la lleva el gato,  
El gato *mis-mis!*

Esta danza la ejecuta una sola pareja, haciéndose notar siempre la gracia que en ella despliegan las mujeres

El *bastonero* despues de designar las parejas que han de bailar el *cielo*, se sienta á verlas funcionar.

El *cielo* empieza por un paso de mímica, en que el caballero parece invitar á la *dama* á bailar. Aquella elude el compromiso y huye de él imitando sus movimientos; pero al fin cede y entonces ejecutan una especie de vals á dos tiempos, terminado el cual, las parejas quedan en su puesto anterior: luego que ha terminado esta parte, empiezan la tercera, que se asemeja mucho á la *cadena* de los *lanceros*.

Los paisanos se entregan á este baile con un entusiasmo verdaderamente infantil.

Los requiebros á las *mozas* no escasean, como tampoco las relaciones que *echan* damas y caballeros, entre parte y parte del *cielo*.

Mientras que en el interior de la casa se baila y se canta, muchas veces está fuera del rancho *aguaitando* á su nóvia, el gaucho receloso, que se cubre

la cara con su pañuelo de seda, dejando apenas descubierto, el ojo con que acecha.

La alegría de la *falsa* mujer que lo *trae de Herodes á Pilatos*, forma el mas acabado contraste con la tormenta de celos que ruje en el alma del que la vigila, armando en la oscuridad el rayo que ha de herir á su rival.

Pero dejemos á un lado *el gato y el cielo* y contemplemos las barracas de Lujan en la fiesta correspondiente al año 18. . . . , donde vamos á conocer al que servirá de protagonista á este cuento.

El reloj del Santuario acababa de dar las diez.

Corria un vientecillo fresco, y el cielo anunciaba lluvia, por cuya razon los concurrentes á las *barracas* que no tenian donde abrigarse en el caso de un baño obligado, se habian metido á *cuarteles de invierno*.

Todos los galpones estaban llenos.

La oscuridad mas densa rodeaba el lugar de la reunion, distante como cinco cuadras de la plaza y elejido en medio un campo despoblado.

Entremos en la primer barraca de la izquierda.

El guitarrero encaramado sobre el mostrador, ha tomado una posicion verdaderamente oriental. Pulsa su instrumento, *pita* un cigarro de papel y *chupa* de cuando en cuando el contenido de un vaso, que le sirve de númen inspirador.

Se ha armado una *payada por cifra*.

*Payar por cifra*, es improvisar tres ó cuatro individuos uno despues de otro, coplas de tres ó cuatro versos.

El de la *guitarra rompe el fuego*, y los otros le contestan venga ó no al caso. El *quid* está en tener unos versos que decir apenas ha concluido el primero.

Entre la reunion que asiste á la *payada*, se encuentra un jóven, que apesar de su completo traje de campo, parece ser persona de educacion y de finos modales.

Calza buenas botas, lleva rico *chiripá* y cubre su cuerpo con un poncho de *vicuña*.

Su sombrero de paño inclinado hácia atrás, deja descubierta la mitad de una frente despejada, en la cual brillan dos ojos negros como el azabache.

Apesar de asistir como curioso, los paisanos no quieren *pagar* con él porque le temen: algunos creen que el alma de Santos Vega ha transmigrado á su cuerpo.

Su preocupacion crece, porque no lo conocen, pues no pertenece al *pago*.

En el año anterior venció á dos famosos *payadores*, que en el presente han tenido á bien no asistir, *dejando el campo* á algunos cantores que no hacen cuestion de amor propio de cantar bien ó de improvisar mejor.

El desconocido los invita á empezar, y el guitarrero abre la marcha con esta copla, que por cierto no es un modelo de intencion ni de concepto:

“Vení para aqui muchacho  
Talonando con espuelas;  
Primero salen los dientes,  
Y despues salen las muelas.”

La copla arranca algunas risotadas, que terminan al sonar una voz que dice:

“Señorita Doña Sofía  
Míreme sin fantasía,  
Porque yo la quiero mas  
Que si fuera el alma mía!”

Un tercero pide la palabra:

“Vean á Doña Aguéda  
Que no me mira  
Porque está de media de seda! . . .  
Y es que se olvida  
Que yo la veo  
Cuando á las vacas  
Les hace saquéo!”

El primer cantor repara en un paisano que guarda silencio en un rincón de la barraca, y dice:

“Amigo! no calle tanto,  
Que parece que tiene la boca  
Cosida con hilo blanco!”

El aludido no espera otra invitación, y después de componerse el pecho, canta:

“En la guerra nacional  
los cardos han de peliar!  
y cuando no haya cardos  
le daremos el poder  
al mismo Calfucurá!”

Un quinto individuo quiere echarle una indirecta al guitarrero, que desde su mostrador mira con cierta superioridad á los demás, y dice:

“Amigo Don Julian  
sentado en alto puesto,  
no hay placer que dure mucho,  
ni mal que se acabe presto”!

Iba la *payada* por aquí, cuando se levantó un jóven que hasta aquel momento habia guardado silencio, y cantó la siguiente cuarteta con voz que indicaba su sentimiento por la ausencia de los verdaderos payadores,—de esos trovadores populares de las desgracias públicas y de sus propias desdichas:

“El que pierda padre ó madre

“Diga que pierde un caudal!

“El que pierda á su querida

“Pida que lo trague el mar!

El desconocido estimulado entonces por el nuevo cantor, que demostraba abrigar en su corazon el sentimiento de la poesía, se puso de pié y cantó con voz dulce y conmovida, los siguientes versos:

“Todo el amor de mi vida

“Lo puse en una mujer,

“Mas la tuve que perder

“Por mi suerte maldecida...!

“Desde entonces dolorida

“Vaga mi existencia errante,

“Como la torcaz amante

“Que de árbol en árbol vuela,

“Y sus pesares consuela

“Con su canto desgarrante!

Un aplauso unánime saludó al cantor.

Lo bello siempre interesa.

Aunque el entusiasmo está en razon directa de la intelijencia del que admira, hay cuerdas simpáticas que heridas por una mano maestra, producen completa sensacion, aunque no sea comprendida



en toda su latitud, la delicadeza con que han sido tocadas.

El guitarrero amostazado por los aplausos tributados al desconocido, cantó en tono de broma y tratando de usurparle parte de la admiración conquistada:

“El día que yo me muera  
¡Qué visiones se han de ver!  
Los rayos y las centellas . . . .  
Por el suelo han de correr!”

Un silbido uniforme demostró que el contraste no había complacido al auditorio.

Cuando comenzaron á estenderse en el horizonte los primeros albores de la mañana, el desconocido montó en su caballo y se marchó, porque la función había terminado.

En estas fiestas, el gaucho argentino olvida sus dolores si los tiene, y aleja de su alma la visión fatal de los sarjentos *citadores*; canta sus amores, sencillos como las yerbas y las flores de sus campos, ó tormentosos y ajitados como el mar en los días de borrasca; gasta con el desprendimiento de que hace alarde, el fruto de su jornal ó el producto de la *esquila*, y al día siguiente de terminadas, toma el camino de su rancho ó de la *Estancia* en que trabaja.

En este viaje que emprende contra su voluntad después de algunos días de holganza, va de mal talante cuando sus dolores se reproducen al verse frente á frente con la realidad, ó satisfecho por los triunfos alcanzados en las *payadas* ó con el

amor de la mujer elejida por él para compartir su pobreza ó el techo que le legaron sus padres.

Luego que el desconocido partió á gran galope, comenzó á agitarse la curiosidad de los *paisanos*, que menos felices que nosotros y apesar de sus buenos *parejeros*, no podrán seguirnos en la carrera que vamos á emprender, hasta entablar conocimiento con el aplaudido cantor de las *barracas* de Lujan.

## II.

En el año 1856 existía en uno de nuestros pueblos de campo, una familia sin mas fortuna que su salud, compuesta de tres personas—padre, madre é hija.

Perseguido en el año de 1849 por sus opiniones políticas el jefe de ella, vendió una pequeña propiedad que tenía en Buenos Aires, y compró con su producto algunos centenares de ovejas, con las cuales se estableció como medianero de un rico hacendado.

Don Antonio Paez era escaso de intelijencia, grueso de cuerpo, de alma honrada y groseros modales.

Su esposa, estaba dotada de una buena dosis de amor al becerro de oro, y de otra no muy escasa de cariño por su hija.

Maria era bella como las alboradas de Octubre, y estaba dotada de un talento precoz; era inocente como un niño y sensible cual esas florecillas que

brotan al borde de los arroyos, fecundadas por la espuma de sus aguas.

Establecida esta familia en el campo, su primer cuidado fué, como era natural, construir una pequeña casa.

Don Antonio dirigió los trabajos y en ménos de dos meses su mujer é hija, ocupaban los cuatro ranchos que componian *su poblacion*. Apenas instalados en ellos, les dieron una *mano* de blanqueo con cal de Córdoba por dentro y fuera, que les agració la fisonomía.

Doña Luisa cosió un *cielo raso*, que una vez colocado impidió al aire el tomarse la libertad de introducirse por entre las pajas y colarse dentro de la casa, como Pedro por la suya.

Siendo la estacion favorable, Don Antonio plantó algunos paraísos al frente del puesto que miraba al sol, al dar este señor los buenos dias á las aves, que se los devolvian cantando al compas de la sinfonía formada por las brisas y los árboles.

Un *peon* que los acompañaba, delineó con su lazo varios cuadros en el fondo de la casa, que por lo torcidos parecian conciencia de usureros, y María plantó en ellos semillas y cabezas de flores. A la derecha del establecimiento, Doña Luisa hizo sembrar varias clases de legumbres y D. Antonio unas cuantas libras de semilla de alfalfa, destinada para el *moro* que montaba su bella María.

A pocas cuadras de la lomada sobre la cual estaba edificada la casa, construyeron el corral de las ovejas, que debian dar de comer á D. Antonio, con

el producto de sus espesos y blancos vellones.

La familia de Paez pasaba sus dias consagrada al trabajo, sin ajitarse por otro mundo, que el que ella veia encerrado dentro de los *mojones* que separaban su puesto de la vecindad.

Algun pasajero solia dejarles un diario de la ciudad, que D. Antonio apenas leia, y que su hija despues de saberlo de memoria, convertia en moldes para vestidos, ó en *plumeros* para espantar las moscas.

Por la mañana, madre é hija trabajaban en las faenas de la casa, mientras el jefe de la familia recorria el campo ó *pastoreaba* las ovejas.

Los inocentes corderos satisfacian su hambre, y el *agua llovediza*, que por un liston de madera descendia desde el *alero* de los ranchos hasta una tinaja de barro, apagaba su sed.

Por la noche rezaban el *rosario*; despues leia D. Antonio en voz alta algun trozo de la historia de España por Mariana, ó se recreaba recitando los versos de Arriaza, que hacian suspirar á la muchacha, lo cual no conseguia el libro del buen jesuita.

Los dias corrian siempre iguales para María, que cultivaba flores, reproducia su jardin, cazaba pájaros con red, ó recorria los campos en su caballo.

María era la que disponia todo en su casa: sus manos preparaban la comida, limpiaban los muebles, cosian la ropa y transformaban el jardin en un pequeño paraíso.

Doña Lucia, apesar de la tranquilidad de que parecia estar rodeada, sentia su alma desazonada con

la idea de que su hija crecía en edad y belleza, sin que ningún pretendiente se presentara á solicitar su mano.

—Déjeme Vd., le decía María cuando su madre la hablaba sobre la materia; déjeme Vd.! Con mi libertad, mis flores, el amor de Vds. y el campo, tengo yo lo bastante para ser feliz.

Don Antonio, que no podía comprender el corazón de su hija, soñaba con la idea de *dejarla bien acomodada* al fin de sus días, uniéndola con el primer ricacho que le saliera al encuentro á decirle:—Amigo, su hija de Vd. me ha herido en mitad del corazón. . . .

Mientras la idea de *acomodar* á María agitaba á sus padres, ella esperaba tranquila que llegara el día, para saltar de su lecho y lanzarse á su jardín, ó á recorrer los campos y juntar en ellos margaritas y trébol.

### III.

A pocas cuadras de la casa de Don Antonio, vivia otra familia, tan humilde como desgraciada.

Motivos parecidos á los que habian obligado á aquel á establecerse en el campo, habian hecho aceptar á Luis Rodriguez el empleo de mayordomo en una Estancia.

Trasladado á ella con su buena madre, vivia al parecer sin penas, y sin mas cuidado que el de aumentar la hacienda de su favorecedor.

Luis acababa de cumplir veinte y seis años.—Su rostro varonil, estaba hermosado por abundantes cabellos, aun mas negros que sus grandes y tristes ojos. Del conjunto de sus facciones se desprendia no se qué luz de vaga melancolia, que solia hacer decir á sus amigos:

—Este muchacho se nos figura un artista ofendido por la indiferencia ó la injusticia del público!

Luis sonreia al escucharlos y continuaba encerrado en su tristeza. Cuando se estableció en el

campo, su misantropía se desarrolló al extremo de hacerlo huir de las jentes.

Infatigable para el trabajo, él suplía al peon en el *rodeo*, en la *esquila* y la *yerra*.

Algunas veces solía mezclarse en las fiestas de los campesinos, y cantar *tristes* en la guitarra.

Luis había adquirido tal fama de cantor, que los *peones* suspendían sus trabajos, cuando él visitaba las Estancias vecinas á la suya.

La visita de Luis no agradaba á los *patrones*, que convenían con sus servidores, en que pocos payadores superaban á aquel en sentimiento y en inteligencia.

Doña Marta, (que así se llamaba la madre de Luis) era una santa mujer.

Nadie la aventajaba en actividad: cuando empezaba á amanecer, ya estaba encendiendo fuego ó preparando el *mate* ó aseando su humilde habitación.

Su primer cuidado despues de saludar á Dios, era despertar á su hijo, á quien amaba entrañablemente. Ella misma le arreglaba los cabellos, le cepillaba la ropa, y segun su espresion, *lo ponía buen mozo*.

Los pobres de la vecindad se habían olvidado del *curandero*, y convencido de que eran mejores los remedios caseros de Doña Marta, que la saliva con que aquel los curaba.

Durante el día la casa se llenaba de jentes, que venían á consultarla sobre catarros, dolores de muelas, y puntadas de clavo y jaquecas.



Doña Marta no administraba mas remedios, que cocimientos de plantas caseras, sal de Inglaterra, y cataplasmas y sinapismos.

Por Navidades y Semana Santa, madre é hijo pasaban algunos dias en el pueblo inmediato y arreglaban cuentas con el Cura. Despues de estos viajes, la Estancia se llenaba de muchachos y mujeres, que venian á saber si la buena señora se habia acordado de ellos, trayéndoles del pueblo *alguna cosita*.

Luis solia ir tambien á la *poblacion* de que hemos hablado, en la época de la venta de las lanas á comprar artículos para el consumo de su casa.

Algunos domingos, cuando sus ocupaciones se lo permitian, iba á Misa. Cuando él llegaba á la Iglesia, las campanas empezaban á llamar alegremente á la ceremonia. Terminado el primer toque, comenzaban á llegar las jentes de las Estancias cercanas, las unas en sus carruajes y las otras á caballo.

Luis, apenas llegaba, ataba su caballo bajo los árboles de la casa del Cura, y entraba en ella á cambiar con el Párroco algunas palabras.

En uno de estos domingos conoció á Maria, que venia como él con su familia, á asistir á los divinos oficios.

Maria, vestida de blanco, con el talle ceñido por un cinturon de seda azul y la cabeza cubierta con un sombrero de paja de Italia, acababa de pisar el átrio del templo, cuando Luis la vió por vez primera.

Desde aquel día su suave y delicada imájen, fué la dueña de todos sus pensamientos.

Como el rayo de sol que penetrando por la puerta de un calabozo lo llena de claridad y de alegría, los ojos de Maria iluminaron repentinamente las sombras del corazón de Luis.

Al salir del templo, los ojos de los jóvenes se encontraron, como dos conocidos que anhelan ser amigos.

En ese momento las primeras golondrinas anunciaron la primavera de la naturaleza, y saludaron las próximas flores de un amor naciente.

Nunca había escuchado Luis con mayor placer á las mensajeras de la alegría de los campos; á esas eternas viajeras que parecen alquilar sus nidos por año ó comprar la propiedad que ocupan, con el placer que proporcionan, al anunciar á los pastores y labradores, que el invierno se marcha con su cortejo de hielos.

Cuando Luis volvió á su casa, su excelente madre extrañó su inusitada alegría, y desde el fondo de su alma, bendijo á Dios que le concedía el placer de ver á su hijo contento y feliz.

—Vaya! se dijo Doña Marta, los golondrinas que recién hoy se han dejado sentir en los paraísos, *lo han puesto alegre al pobrecito!* . . . . Y como no! si pasa tan malos noches en el invierno lidiando con los corderos, calado por el agua y lleno de barro. . . .!

Madre é hijo pasaron el día hablando alegremente y recibiendo la cotidiana visita de los

*gauchos* de la vecindad. Luis salió varias veces al corredor, á mirar en direccion á la casa de Maria, á quien creyó divisar al caer la tarde entre los árboles de su jardin, iluminada por los últimos rayos del sol que se ocultaba detrás de un gran médano, formado por la acumulacion del polvo que traia en sus álas el viento del desierto. Cuando la luz y las sombras luchaban á “brazo partido,” y en el momento en que en la gran lámina de los cielos se fundieron las últimas ráfagas de luz entre las negras tintas de la noche, Luis creyó ver flotar el vestido de Maria, que aun fijaba su mirada en direccion á su casa.

Un momento despues, la noche ocultó completamente todos los objetos. Luis habria permanecido largo tiempo contemplando la habitacion de Maria, por cuya abierta ventana se escapaba la claridad de una luz, si su madre no lo hubiera llamado para anunciarle que lo aguardaba un *peon* que acababa de llegar al Establecimiento.



## IV.

Pocos momentos despues, se oyó el monótono crujido de las ruedas de una *tropa de carretas* tucumanas.

Estos vehículos son verdaderos enemigos del movimiento, símbolo del atraso de épocas pasadas, y tormento del que alguna vez ocupó al vapor en sus viajes ó para transportar artículos de un pueblo á otro.

La carreta argentina es la peor que se puede imajinar como rodado y lo mas horrible como aspecto.

Cuando veo una carreta en medio de la pampa, recuerdo al bajel en la *calma chicha* del mar. Sus ruedas parecen clavadas en la tierra y sus bueyes figurones de pesada madera, inamovibles, apesar de la *picana* del carretero, que los agujijonea con una crueldad digna de los chinos.

Llegadas las carretas, sus conductores *desataron*, y despues de *soltar los animales*, estendieron las *cuartas* y arreglaron los *yugos*, poniéndolos en

disposicion de volver á *uncir* á la primer señal del *patron*. Poco despues encendieron el fogon de la cocina con ramas secas y troncos de *viznaga*, para asar á su llama una escelente y gorda *picana*, sin mas sal que la que tuvo la difunta ternera, cuando se paseaba entre sus compañeras de corral.

Luis, ocupado con el recuerdo de Maria, prestó poca atencion al capataz, que se *desquitó* con Doña Marta de la falta de galanteria de su hijo, dándole un gran *solo* alternado con cuarenta cimarrones, y sendos bocados de galleta fresca.

La llegada de la tropa de carretas, anunció á los habitantes de la Estancia, que la *esquila* iba á comenzar.

En efecto, al dia siguiente empezaron los preparativos: se ordenó á los *puesteros* mas inmediatos que condujeran sus majadas á la Estancia, y *armaron* los *peones* una gran tienda de campaña á pocas varas de la *tranquera* de aquella.

A la sombra de esta tienda, debia realizarse la operacion mas productiva que han presenciado nuestros campos, desde la época de la conquista.

La *esquila* es la mina de oro de nuestro pais.

A la noche llegó uno de los *medianeros* conduciendo su majada.

Despues de cenar salió de las casas á *rondarla*, y al dia siguiente de madrugada la encerró en un *corralito* para dar principio á la obra.

Como *ya habian pasado la palabra* los *peones* del Establecimiento, designando el dia en que principiarian los trabajos, apenas amaneció se vió la casa

invadida por un compacto batallon de hombres, mujeres y muchachos, conocidos en el *pago* por el nombre de *esquiladores*.

Las mujeres conducian en la grupa del caballo á sus hijos, envueltos en pedazos de bayeta ó en *rebozos* viejos.

La esquila comienza por *agarrar* los animales *al tirar de la pata*.

En seguida los *manea* el *esquilador* con una tira de cuero, y empieza á despojarlos de sus vellones con grandes y afiladas tijeras.

Esta operacion la practican algunos hábilmente, sin herir la piel de los animales. Pero otros son tan torpes, que despedazan á los pobres cordeiros. Cuando brota la sangre de la herida, el esquilador grita —*el alquitran!* Entonces un muchacho depositario de un tarro lleno de este líquido, corre á tocar la herida con un hisopo empapado en él.

Los animales finos son esquilados por los mejores *artistas*, que parecen ladrones de profesion, por la destreza con que desnudan á los pobres cordeiros. Las heridas de estos, son curadas con bálamo católico.

La *esquila* se trata á tanto *por animal*, y se paga con latas numeradas ó selladas.

El capataz ó el dueño de la Estancia, que presencian la operacion, entregan una á cada esquilador por cada animal.

Al fin de la semana cambian los trabajadores estas latas por el dinero que representan. Luego que

perciben su jornal, montan sus caballos y van á pasar el dia festivo en sus casas.

Es verdaderamente interesante el cuadro que presentan en la esquila, las mujeres y varones confundidos, los muchachos tirados en el suelo, los corderos maniatados, el distribuidor de las latas, y el *médico* que aplica el alquitran sobre las heridas.

Todo esto se mueve, los hombres charlan, los corderos balan, los muchachos lloran, y el *mate* pasa de mano en mano en los momentos de descanso.

En la hora de la comida, los *esquiladores* se reúnen en derredor del fogon á saborear el delicioso asado ó el succulento puchero.

Por la noche, prévio permiso del *patron*, bailan en la cocina ó en los ranchos de los peones.

La *esquila* y la *yerra*, animan las Estancias con una vida orijinal y alegre, como un *gato* tocado en la guitarra.

El alma goza con la alegría sencilla é inocente de los campesinos, que en esos dias disfrutaban de una gran felicidad, porque tienen alimento abundante y plata en el *bolsico!*



## V.

La Estancia de Luis estaba situada sobre una gran loma, rodeada de pequeñas *cuchillas*, que interrumpían la monótona regularidad de nuestros campos, semejantes por su estension y superficie, al mar en calma.

Regada por caudalosos arroyos de profundo cauce, Luis no tenía necesidad de recurrir á los *jagüeles* en caso de sequía.

La buena Da. Marta, lavandera de la *ropa de la Iglesia*, daba gracias á Dios por el agua que le había dado, pues no *cortaba el jabon*.

El jardín y huerto de la Estancia estaban perfectamente cultivados. Las flores y la hortaliza ocupaban sus *tablones* en aparente armonía, aunque es de presumir que á sus solas dirimieran la cuestión de su respectiva utilidad; cuestión en que el juez se sentiría embarazado para fallar, pues al *yo alimento al hombre!* de las papas, contestarían las violetas, el sahuco, las amapolas y la borraja: *nosotros lo curamos cuando está enfermo!*

El *vinagrillo*, hipócrita que oculta bajo sus colores de rosa, su jénio de verdadero vinagre, solia por afinidades de ensalada, introducirse en el departamento de los ajíes, que á cierto tiempo se ponian colorados como el fuego, y *ganosos* de vengarse del que se atreviera á ponerles la mano encima, aplicándole un buen sinapismo en la lengua.

Las rosas, que por su color y juventud parecian muchachos *asoleados*, ocupadas en su mision de pintar el porvenir con sus tintas, no sufrían mas alteracion que la de ponerse coloraditas cuando el sol las sorprendia en sus conversaciones con el céfiro.

La manzanilla que tapizaba el monte vecino, solia entretenerse en pintar de amarillo á los perros, que de puro atrevidos se le acercaban mas de lo necesario y la dejaban plagada de pulgas.

Los *ovejeros* no andaban pintados mucho tiempo, pues se revolcaban á sus anchas sobre las parbas de pasto seco ó en los montones de yerba recién cortada, cuando no iban á codearse con las enredaderas, que estaban trepadas en las ventanas como gatos ariscos. Los álamos que circundaban el *monte*, servian de hospederia al pájaro albañil, que edificaba los hornos sobre sus copas, de museo á los *caranchos* para exhibir la originalidad de sus nidos, y de escondrijo á la perseguida *torcaz*.

Desde la loma en que estaba edificada la casa, se contemplaba la planicie inmensa de la pampa, cubierta en la época de nuestra narracion, de flores silvestres. Desde ella se veia formar ro-

*deo* á los *puesteros* vecinos al caer la tarde, y se oían los lamentos lejanos de las vacas, al pasar por el lugar de la carneada, manchado en ese día con la sangre de una víctima de su especie.

Cuando en las tardes de primavera el sol, mundo de fuego que calienta y dá vida á la tierra, se hundía en occidente pintando con sus rojos colores las movibles y menudas hojas de la *gramilla* y las flores de los *cardales*, aquel lugar hablaba con profunda elocuencia de la grandeza de Dios.

Los patos, hidrópatas que nacen, viven y mueren en el agua; las perdices, pobrecillas que no tienen mas habitacion que los *pajales*, y las becacinas, de piernas largas y andar lijero, poblaban aquel campo, inundado de animales, de que apenas se habria apercibido su dueño, á no verlos *humear* sobre las fuentes á la hora de la comida.

Cuando los *teros* daban su último grito de alerta á los patos que se bañaban tranquilamente en las lagunas y distraídos con su ocupacion no veían llegar al cazador que les seguía la pista, y el fatídico *gavilan* comenzaba á bajar cautelosamente de las alturas á arrancar los ojos á los corderos; en esa hora en que las aves se retiran á sus nidos, cantando como los pastores que vuelven á los suyos custodiando sus animales; en esa hora de poesia en que la naturaleza reza la oracion vespertina, en que las flores se inclinan como para buscar mas fuerza en la tierra para perfumar esa ofrenda, en que flotan en el aire los hilos blancos á que los muchachos llaman *babas del Diablo*, y que son tal vez las ca-

nas de los árboles muertos por el peso de la edad, que el viento ha arrebatado para esparcirlas al acaso; en esa hora, Luis oía en medio del silencio una voz que le gritaba á su corazón: ama! ama!

El pobre jóven dominado por el espectáculo, seducido por esa voz, experimentaba una dicha inefable al responderle: yo amo, yo amo á la que creo la mas perfecta y hermosa de todas las mujeres!

En esos momentos su mente se imaginaba el campo sembrado de brillantes, al ver cruzar millares de luciérnagas, que buscaban las copas de los árboles, para reposar entre sus primeras flores.

Los arroyos murmurantes, el aura que mecia las yerbas y la luz de las estrellas, se unian para armonizar los misterios de la noche, que despiertan al amor con luz, perfumes y armonias!

Solo la voz de su madre que lo llamaba, ó el recuerdo de alguna obligacion olvidada, distraian el pensamiento de Luis, fijo en un solo punto: en la dulce imájen de la niña que vió un domingo á la puerta de la Iglesia, bajo los árboles en flor de la casa del Cura.

## VI.

La madre de Luis hacia algunos años que padecía de una enfermedad al corazón, que de tiempo en tiempo ponía en peligro su vida.

En la tarde de un día en que había ido á la Iglesia á confesarse, se hallaba Doña Marta hablando con su hijo de una ofrenda que había colocado en el altar de la Virgen.

. Sentada en el corredor de la Estancia, sus ojos vagaban por la estension de los cielos, ó se posaban dulcemente sobre el vecino campo, cubierto de espigas de dorado trigo.

El viento sacudía las cañas de maiz, doblegadas por el peso de los *choclos*, cuyas cabelleras rubias flotaban por entre las abiertas *chalas*.

El cuadro tenía todo el encanto y la animación del verano.

Al frente se veían las arboledas de algunas *poblaciones* ó la pampa de dilatados horizontes, ora solitaria, ora ocupada por algún jinete que la cruzaba á galope tendido.

A pocas cuadras de la Estancia, las vacas echadas sobre lechos de flores ó puestas de pié para ofrecer á sus *terneros* el jugosabroso de sus ubres, estorbaban el paso á los rebaños, que desfilaban paulatinamente en direccion al arroyo, á beber el agua de su cristalina corriente.

El polvo dorado que se levantaba de los montones de trigo que *trillaban* los labradores, se difundía en el aire y brillaba al caer otra vez sobre la tierra.

La tímida *viscacha* asomaba á la puerta de su *cueva*, en santa compañía con las lechuzas, sus amigas y vecinas.

Los *horneros*, los *vente-veos* y los *chíngolos*, acababan de decir: hasta aquí! ya no cantamos hasta que el sol de Dios nos despierte mañana!

Los *peones* se retiraban á sus ranchos á gozar del placer del sueño, comprado con la fatiga del trabajo, ó á satisfacer el hambre junto al fogon de sus cocinas.

El cencerro de la *madrina* de las tropillas hería el aire con sus continuadas vibraciones, hasta que estas entraban por las abiertas puertas del corral, ó se perdían entre los *cardales* despues que eran echadas á retozar.

Ya no se oía el molesto zumbido de las moscas, ni el ruido de las alas de la trabajadora aveja.

El grillo con su voz de tiple, comenzaba su nota sostenida en tono fastidioso, de la cual parecían burlarse las *ranas*, introduciendo en el concierto de la naturaleza su canto de carnaval.

El silencio del reposo, vencia al ruido artificial del trabajo.

Doña Marta gozaba al parecer con la vista de aquel espectáculo, pero en realidad sufría dolores ocultos, porque derrepente exhaló un suspiro.

Su hijo lo advirtió, pero ella trató de disimularlo hablándole de otro asunto, y ordenando á uno de los peones que pasaba en esos instantes, que diera de comer á un pobre á quien ella habia conducido á la Estancia, desde el pueblo en que habia estado por la mañana.

Luis notó en los ojos de su madre algo de extraño, de sombrío, de muerte. Alarmado, la invitó á que hablára, pero ella repuso que no sentia novedad alguna.

Dos minutos despues lanzó un grito y la palidez de la muerte cubrió su frente. . . .

Luis se precipitó sobre ella, la condujo en brazos hasta su cama, la roció el rostro con agua fria, dió voces, reunió á sus criados y la prodigó cien cuidados. Pero todo era inútil: la enferma no recobraba el uso de la palabra ni el movimiento. El estertor de la muerte se escapaba de sus lábios.

Sus ojos tomaron el color del talco y se tornaron insensibles á la accion de la luz.

A la actividad sucedió el dolor, pues Luis comprendió que los medicamentos eran vencidos por la enfermedad, y el llanto se desprendió de sus ojos á raudales.

Sus gritos no eran escuchados por Doña Marta, sus besos no tenian el poder de entibiar el cuerpo

de la anciana que se enfriaba, ni sus cariños el de infundirle la vida que se escapaba en cada uno de sus respiros!

El tiempo volaba para la enferma, y parecia una eternidad para Luis, que no veia entrar al médico que habia enviado á buscar.

Despues de dos horas de desesperacion, entraron en el cuarto de la enferma el médico y el cura. Al reconocer ambos á Doña Marta, dijeron á su hijo, que solo la resignacion podia acompañarle desde esa hora, porque su madre estaba á las puertas del otro mundo.

Luis se abalanzó sobre el cuerpo helado de su madre, pretendiendo arrebatlarla de los brazos de la muerte. La maga que hiere sin espada, no estaba presente, pero su triunfo se acercaba.

Diez minutos despues de la llegada del médico y del cura, Doña Marta no existia.

Luis cayó inanimado, como el árbol herido por una corriente eléctrica. Al volar al cielo el alma de su madre, se escapó de su corazon la mitad de su enerjia, casi toda su vida!

El dolor hizo crisis: entónces se irguió con la nobleza del leon herido y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos. Descorrió las blancas cortinas de la cama de Doña Marta, se abrazó de su cuerpo helado y besó con delirio sus mejillas humedecidas por las lágrimas, que hace brotar la fatiga de la agonía.

—Madre! Madre! la decia; ¿dónde iré yo que no te vea, amiga, hermana y compañera de mi vida!



Ella era por sus virtudes, la mas respetable de todas las mujeres!

En la noche ya no me acompañarás, ya no dormiré en tu regazo despues de mis horas de fatiga, ya no será tu voz la primera que escucharé al despertar! ¿Dónde me encontraré acompañado, faltándome tú? . . . Vagaré por los campos sin mas compañía que tu recuerdo, porque ¿quién podrá sustituirte en mi corazon? . . . Ya no veré desde lejos el humo del hogar que tú encendias para que yo me calentára en las noches de *ronda* ó de lluvia! Madre! madre! ya no me responde la que leia en mis ojos mis caprichos! . . . Marta! Marta mia! . . .

Y jadeante de dolor, desesperado, recorria con su imaginacion y las enumeraba, todas las virtudes de su madre; contaba sus ilusiones y sus afectos, y lloraba y tornaba á hablar! . . .

Las personas presentes querian arrancarlo de allí, pero sus piés parecian clavados en el pavimento de la habitacion: dejadme, decia, dejadme acompañarla en la última noche que pasa sobre la tierra! . . . mañana se la llevarán y ya no la veré mas! ¿Qué es una noche para despedirse de una madre, de una criatura que nos consagró toda su vida! Dejadme llorarla y besar sus manos heladas por el frio de la muerte. . . . Esas manos que me preparaban el alimento, vestian mi cuerpo y peinaban mis cabellos!

A una congoja sucedia otra, á un suspiro otro suspiro, á un beso otro beso!

Primera noche que paso sin madre! volvia á decir: primera noche de verdadera horfandad! ojalá fueras eterna para que no llegára el dia en que la han de sacar de su casa y del lado de su hijo!

El médico, el cura y uno de los peones del establecimiento, hombre honrado que poseia la amistad la familia de Luis, lograron separarlo por un momento del lado del cadáver.

Abrieron las ventanas de la alcoba para ventilarla, y encendieron junto á la cabecera de la muerta, una vela de cera bendita.

La luz de la luna penetró en la habitación é iluminó el rostro de la difunta. La palidez del cadáver aumentó la melancolia de sus rayos, que se difundieron como una luz celestial sobre el lecho mortuario.

La brisa de la noche impregnada de las emanaciones de las plantas y de las flores, esparció hácia atrás los cabellos blancos de la anciana, desparrramados un momento antes sobre su frente.

Luis volvió al cuarto de su madre y se sentó á contemplarla: de rato en rato se levantaba á besar las manos de Doña Marta, que parecian de amarillenta cera.

Al llegar la madrugada, todos los circunstantes se arrodillaron y acompañados por algunos de los *puesteros* vecinos, que estaban en el corredor, rezaron en coro el *rosario*.

Al *aclarar* se presentó D. Antonio á ofrecerle á Luis sus servicios y á hacerle presente su senti-

miento, en su nombre y en el de su familia, con esa sencillez y verdad propias de las jentes del campo.

Una escena dolorosa tuvo que presenciar, y fué el acto de colocar en el ataúd el cadáver de Doña Marta.

Parece que en este momento se partiera el corazón de los que aman á un muerto.

La entrada del cajon es el primer paso dado hácia el Cementerio para alejar al muerto de su casa. Es la primer vez que se ve á la tumba dispuesta á devorar el cadáver y á ocultarlo á nuestros ojos. Es el anuncio de que el cuerpo querido del que amamos, deja el lecho de los vivos en que parecia dormir, para caer pesadamente sobre la cama de los muertos.

El dolor de Luis volvió á renovarse, poderoso, tremendo, acompañado de un torrente de lágrimas, cuando escuchó el ruido del martillo que aseguraba los clavos de la tapa del ataúd.

El *payador* invencible, el jinete infatigable, el *enlazador* hercúleo, el trabajador que nunca dobló su cabeza bajo el peso de la labor, se amilanó como un niño, se doblgó como el flexible arbusto, como la caña sacudida por el huracan.

Su mente recordaba una á una las acciones de su madre, y sus lábios pedian resignacion y consuelo para su dolor.

Sus ojos encontraban yermos los campos en que se mecian las espigas, y veian pálido al sol que los cubria con su luz de fuego.

El canto de las golondrinas que le anunciaron las primeras flores de su amor y la llegada de la primavera, resonó en sus oídos como un canto de muerte. Se imaginaba algunas veces que las mensajeras de la alegría, se burlaban de su dolor, y otras que se asociaban á su pena.

—Ya no os echaré mi madre migajas de pan! exclamaba. Ya no cojerá ella las primeras flores que vosotras le anunciabais, ni encenderá mi hogar con las hojas secas que os designaban la época de la partida!

Durante el día que siguió á la noche en que murió Doña Marta, la Estancia estuvo ocupada por las mujeres y los pobres de la vecindad, que venian á acompañar á Luis en su pena. El llanto de aquellos infelices, era tan sincero, eran tan espontáneas las relaciones que hacian de los beneficios que Doña Marta les habia dispensado, que con razon podria haberse dicho que lloraban á una madre.

Cuando la noche cubrió de sombras los campos, comenzó el *velorio* de la muerta. Todas aquellas buenas jentes rodearon el ataúd y rezaron en coro el *rosario*.

Luis presidia la fúnebre reunion, pálido, abatido, completamente enervado. Las lágrimas empapaban sus brillantes ojos ó rodaban silenciosas por sus mejillas quemadas por el sol.

Al siguiente día sus amigos consiguieron alejarlo del dormitorio de su madre, para poder sacar el cadáver sin que él lo supiera.

Entonces se puso en marcha el convoy fúnebre,

formado por el cura, los peones del establecimiento y la mayor parte de los vecinos.

*Fiel*, el perro favorito de la casa, cerraba la marcha dando gritos y gruñendo á los que se acercaban al ataúd de su ama.

Despues que el cura celebró una Misa de cuerpo presente por el descanso eterno de Doña Marta, la comitiva se dirigió al Cementerio.

El cadáver fué sepultado á la sombra de dos sauces y en compañía de los restos de una mujer desgraciada á quien la buena Marta habia dado sepultura.

Despues de los últimas preces y cuando la tierra comenzaba á cubrir el ataúd, los pobres pronunciaron la oracion fúnebre de la muerta.

Inspiradas por el dolor, sus lágrimas fueron el canto de la despedida entonado en honor de la mujer cristiana y de la madre virtuosa!



## VII.

Despues de los funerales de Doña Marta, Luis cumplió con el deber visitar á la familia de D. Antonio, que tan solícito se habia mostrado en su desgracia, tratando de consolarlo en las horas de amargura porque acababa de pasar.

María recibió la visita de Luis con oculto placer, porque ella la ponía en el caso de estrechar una relacion, que habia nacido misteriosamente, al cambiarse ambos sus miradas en la puerta del templo.

Su noble alma lamentaba, que esa amistad naciera bajo auspicios tan tristes para el hombre á quien amaba.

Las visitas de Luis se repitieron con frecuencia.

El lenguaje mudo de los ojos, habia agotado toda su espresion.

La melancolía de los corazones dominados por una pasion profunda, se descubria en la mirada de los amantes.

Ambos habian adivinado la simpatía que se inspiraban, y no obstante enmudecian, dominados por

ese temor respetuoso que espèrimentan las almas puras, antes de declararse su cariño.

Luis y Maria, dotados de un temperamento apasionado y sensible, habian encontrado la realizacion de su ideal al conocerse y amarse.

Luis necesitaba de una compañera en el mundo, de un alma amiga que embelleciera su existencia, solitaria y triste como la de esos árboles que se transplantan del invernáculo á los campos.

Arrancado del seno de la sociedad en que se habia criado, teniendo que luchar brazo á brazo con los rigores del trabajo, huérfano y triste, su espíritu necesitaba gozar de una nueva vida: del amor de una mujer capaz de consolarle en los dias de la prueba y de conjurar con su voz la tormenta de indiferencia y hastío que comenzaba á rujir sobre su cabeza.

María se hallaba en una situacion parecida á la de Luis.

La mujer que á los veinte años no ha amado, es una planta que no ha florecido todavia.

La naturaleza despertó el corazon de Maria, que al buscar el amor de Luis, obedecia á la fuerza que obliga á la dahalia á buscar el rayo de sol, de que la priva la tupida hojarasca del árbol que le da sombra.

Los dos jóvenes vagaban en el mundo como cuerpos errantes.

El amor con su fuerza de atraccion, vino á unir sus existencias.

Habia llegado el momento de comunicarse sus



mútuos sentimientos. Pero sus labios enmudecian al encontrarse solos. . . . Maria bajaba sus ojos al hallar los de Luis. . . . Otras veces al percibir en sus lábios la palabra vacilante de un amor que va á declararse, María exhalaba un suspiro que parecia decir: *te comprendo y te amo!*

Los jóvenes hablaban á sus solas de la felicidad de los esposos; de los goces de la familia que vive lejos de los hombres, consagrada al trabajo y á la caridad; de la educacion de los hijos y de los placeres de los que se ven rejuvenecer en ellos, rodeados de la aureola del respeto, que es el mas bello título de la ancianidad.

De esta manera habian formulado el programa de su vida.

Aquellas dos almas que se habian buscado, porque se encontraban perdidas en la soledad de los campos; porque necesitaban del calor de la pasion, que embellece el trabajo y alegra el páramo desierto; aquellas dos almas formadas para la virtud y la familia, se encontraron una tarde á la entrada de una espesa arboleda.

La sombra del bosque esparcia sobre el rostro de Maria, el sello de una belleza misteriosa.

A algunos pasos de ella, sus padres sentados sobre la yerba, hablaban de Maria; de la que en esos instantes parecia el hada de aquellos lugares, evocando las armonias y los perfumes de la naturaleza.

Las enredaderas en flor flotaban sobre su frente,

y sus piés pisaban la verde alfombra tapizada de *buenas-noches* y margaritas.

Por entre los troncos de los árboles, atravesaban los débiles rayos del sol poniente: la luz iluminaba el fondo de la espesura, en la cual aparecía la blanca imájen de Maria rodeada de una brillante aureola.

Hácia la derecha del sol, se descubria entre los árboles una blanca casita rodeada de paraísos, que parecia un nido formado entre los árboles, por alguna alma soñadora y apasionada.

Maria fijó en ella sus ojos, y dijo á Luis:

—Qué bella es su casa de vd. . . .

—Sola falta en ella en esta hora, la imájen de una mujer, que espere de pié en su corredor, y con la mirada fija en los campos, la vuelta de su dueño. . . . De su chimenea, tampoco se escapa el humo del hogar, que embellece el cielo con sus caprichosos jiros. . . . El humo del fuego que calienta el alimento de los hijos, es una atalaya que hace señales al corazon del padre que trabaja en el campo. . . .

—¿Y qué dicen esas señales? preguntó Maria.

—Dicen, segun un poeta: *en aquella casa una mujer piensa en tí! en ella te espera con ansiedad, porque hace muchas horas que no te vé! camina, camina, que tus hijos tienen hambre!*

—Tiene vd. razon. . . . El amor de la familia hermosea el hogar y alegra la vida. . . .

—¡Oh Maria! (esclamó Luis con entusiasmo) yo he encontrado el ideal de mi vida! . . . .

—¿Dónde? preguntó la jóven con timidez.

—Aquí en estos campos queridos. . . . La blanca imájen que falta allí, entre los árboles y las flores de mi casa, está junto á mi, rodeada de la luz de la belleza, pudorosa como la inocencia, hermosa como las visiones de mis mejores sueños!

Maria calló: sus ojos se humedecieron. . . . Una profunda y dulce mirada, dijo á Luis lo que callaron aquellos labios enrojecidos por el pudor.

Desde aquella hora, las almas de Luis y de Maria, agitadas un momento antes por el amor, empañadas por la melancolia, oprimidas por la duda, afligidas por la soledad á que parecian condenadas, comenzarou á sentirse dominadas por la felicidad sin límites, que se apodera del corazon del náufrago, al saludar la playa que creyó distante; por la alegría del sediento caminante, que vé correr el agua, cuya vista le pareció una ficcion de óptica; por la dicha del pobre desterrado, que despues de largos años de ausencia, escucha el sonido de las campanas del pueblo natal, y ve en lontananza la torre y la cruz de la Iglesia en que fué bautizado!



## VIII.

Maria habia escuchado algunas palabras de amor de lábios de otro jóven, cuya fortuna acariciaba los sueños de ambicion de sus padres.

La niña, ajena á la especulacion, habia respondido negativamente á las pretensiones del hombre de la predileccion de aquellos.

A la vijilancia paternal no se escapó la negativa de su hija. Cuando Da. Lucía obtuvo la certidumbre de ella, se dedicó á contrariar la causa que la habia motivado.

El amor que Maria profesaba á Luis, era el obstáculo que venia á oponerse á los proyectos de Da. Lucia.

Dotada esta de una pésima educacion, y envane-cida con la posicion favorable de que empezaba á disfrutar, pues el dueño de la Estancia en que trabajaba su marido, lo habia honrado con una confianza ilimitada, entregándole la administra-

cion completa de su fortuna, comenzó á hostilizar á Luis, suponiéndole intenciones bastardas.

Da. Lucía que habia concedido á éste una completa confianza, le prohibió con insinuaciones poco convenientes, que acompañára á su hija en el paseo, ó que recorriera con ella la arboleda en que la habia hablado de amor por vez primera.

Los nóvios esperaban por momentos la terminacion de sus relaciones, sin que por esto su dignidad ofendida, se creyera obligada á pedir esplicaciones.

Da. Lucía creyó, que incomodado Luis por la prohibicion de hablar á Maria sin testigos, lo que importaba dudar de su honradez, provocaria alguna esplicacion, ó que indignado no volveria á pisar los umbrales de su casa.

Sus cálculos eran errados. Luis esperaba que se le declaráran explícitamente las intenciones que abrigaban los padres de Maria, para tomar una resolucion, que en los presentes momentos podia ser explotada por ellos, para argüirle de indiferente ó de inestable en sus pensamientos.

D. Antonio y Da. Lucía recurrieron á otro medio. Comenzáron á suscitar disputas á su hija, en que Luis era acusado de ambicioso, suponiéndole mas amor á la futura fortuna del primero, que á la inocente y cándida vírjen, objeto verdadero de todas sus ilusiones.

Una noche Da. Lucía dijo á su hija con voz alterada por el enojo:

—Compara, compara á Alberto con Luis! . .

—El corazón, señora, no pone en paralelo al hombre á quien ama, con el que le es indiferente..! replicó Maria.

—Eres una tonta en espresarte así, Maria. Respondeste á mis palabras con ideas de niños ó de poétas.

—Ojalá, señora, que siempre fuéramos inocentes como los niños y soñadores como los poétas!

—Sí, para vivir pidiendo limosna; para andar con el corazón en la mano ofreciéndoselo á todo el mundo! Con sueños no se constituyen familias, ni se dá de comer á los hijos. . . .

—Con el trabajo se alimentan los pobres. Yo trabajaré con mi esposo, y á mis hijos no les faltará el pan. . . . Con solo dinero, mamá, no se constituyen las familias. . . . .

—Es que Alberto es un excelente jóven, que á sus prendas morales une la fortuna que forma la felicidad.

—No niego sus virtudes; pero no amándole, mi matrimonio con él estaria basado sobre un cálculo aritmético. . . .

—Tu inocencia te pierde! Tú que eres pura y sencilla, crees que todos lo son! Te horrorizas ante la idea de amar á un hombre que puede ofrecerte aquellas comodidades en que debe pensar toda mujer, porque de ellas depende la felicidad de sus hijos, y no temes arrojarte en los brazos de Luis, que solo ama en tí la fortuna que tu padre te dejará al fin de sus días. . . .

—Perdóneme vd., señora. . . . dijo Maria con

exaltacion: su juicio de vd. no es recto.... El hijo cariñoso que ama á su madre como Luis amó á la suya; el hombre que trabaja como él lo hace, desde la mañana hasta la noche; el que como Luis comparte con los pobres su pan y su dinero, no es capaz de especular con el amor como con una mercancía.... Sus virtudes, hijas de la educacion que ha recibido, le prohíben finjir afecciones en cambio de dinero....

Luis que acababa de llegar á la Estancia, se habia acercado á la habitacion en que pasaba esta escena para entrar en ella. Al escuchar las palabras de Da. Lucía, se detuvo en el umbral de la puerta. La instantánea respuesta de Maria, reanimó sus fuerzas: su corazon latió con inmensa alegria, porque sus intenciones estaban justificadas por la única persona capaz de comprenderlo.

Imponente como la verdad vencedora, orgulloso como la inocencia al humillar á la calumnia, tal se presentó Luis á los ojos de Da. Lucía.

—Gracias, Maria! exclamó con voz conmovida. Nunca se me ha presentado Vd., mas digna, que en el momento en que voy á perderla..! Si su mano de Vd. tuviera precio, yo trabajaria hasta ahogar la voz de los que me calumnian, con el ruido de mi oro.... El amor de los ángeles como vd., ni se vende ni se compra.... ¡Qué mayor fortuna para mí, que poseer el alma de la que se levanta sobre todas las miserias de la tierra! Vd. lo comprende y esto basta para satisfacer al que es víctima de la calumnia. Al renunciar á la inmensa di-



cha de vivir á su lado, de confiarla mis dolores, de hacerla confidenta de todos mis pensamientos, me condeno al martirio, pero impongo silencio á mis sacrificadores. . . . Adios Maria! . . .

Al terminar estas palabras, Luis abandonó la habitacion precipitadamente, y montando en su caballo se lanzó al campo con la velocidad del rayo. . . . Jinete y bridon se perdieron entre las sombras de la noche, ménos negras que el velo de dolor que acababa de cubrir el rostro de Maria.

La pobre niña se encerró en su alcoba, para dar libre curso á su llanto.

El dia la sorprendió en la misma posicion que habia tomado al caer sobre su lecho en la noche anterior.

La luz de la mañana y el canto de sus mensajeros, la hicieron abandonar su cama, como en los dias felices de su vida.

La pobre niña se puso de rodillas y rezó sus oraciones delante de un cuadro de la Vírjen.

En seguida se levantó y corrió á mirarse en el espejo; sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas. . . .

—Perdon, Señor, para los que me hieren, exclamó volviendo á arrodillarse; perdon para los que no comprenden que el cariño vale mas que el dinero, con el cual no se compra la felicidad. . . . Y vos, Vírjen Maria, haced que de mis lábios no se escapen reproches para mis padres! Haced que yo los ame y los sirva como en los dias de mi infancia!

—Oh sí! dijo levantándose y enjugando sus ojos: el cielo me infundirá resignacion! Si Luis no me olvida, nuestra constancia volverá á unir nuestras existencias. Si los padres perdonan á sus hijos, cómo no han de remediar el mal que raras veces infieren ellos á los seres á quienes dieron la vida! . . . .

## IX.

En el dia siguiente á los sucesos que hemos referido, D. Antonio recibió la siguiente carta:

*Sr. D. Antonio Paez.*

Muy señor mio:

“Anoche por una circunstancia casual, he tenido  
“ocasion de conocer las ideas de su esposa de vd.,  
“que reputo iguales á las que vd. profesa, respecto  
“á mi persona.

“La ofensa que se me ha hecho, pondria á otro  
“hombre que no profesára mis principios, en el  
“caso de tomar una determinacion violenta, que  
“Dios me libre de usar, tratándose de Maria, cuyo  
“honor estimo como si fuera propio.

“Cuando yo, pobre y oscuro, sin mas porvenir  
“que mi trabajo, ni mas virtud que mi desprendi-  
“miento, hablé de amor á Maria, creí dirigirme á la  
“hija de un hombre, que no tuvo en su matrimonio  
“otra riqueza que llevar á su esposa, sino su hon-  
“radez y el fruto del sudor de cada dia.

“El supremo dispensador de la justicia, que vé  
“el fondo de las conciencias, pondrá en paralelo la  
“del pretendido especulador, y la de los señores  
“que lo condenan al aislamiento, porque ven en su  
“pobreza una marca de infamia.

“En ese día como ahora, daré testimonio con mi  
“conducta, de que al solicitar el amor de la hija de  
“vd., no he abrigado otra intencion que la de ha-  
“cerla feliz.

“Dios ha de permitir que antes que vd. y yo nos  
“presentemos en su tribunal, se convenzan los que  
“dudaron de mi lealtad, que yo no he contado con  
“ellos para adquirir honores en la sociedad, ni  
“alimentar á mis hijos.

“Entónces colocarán vdes. en su verdadero lugar  
“al que tiene escrito en su corazon el nombre de  
“Maria, é impresas en su frente estas palabras:  
“*honradez y trabajo.*”

## X.

Maria habia recibido una profunda herida con la ausencia de Luis.

Ella que amaba á sus padres con delirio, ella que era una hija respetuosa consagrada al trabajo y á la felicidad de su familia, no comprendia porque se la imponia el castigo de alejarla del hombre con cuyo amor veía recompensadas las penalidades de la vida!

Noble por instinto, amaba por deber y gratitud á los que la ofendian.

La mano que la heria, era la misma que ella besaba todos los dias. . . .

En estos supremos instantes, las almas jenerosas prueban el temple de que están dotadas.

Maria soportó con una respetuosa dignidad la condenacion de sus padres, porque en ella veía un acto de amor mal entendido.

—No seré de Luis, se dijo, pero no me obliga-

rán á amar al hombre, cuyo cariño tratan de imponerme. Las conveniencias materiales, desaparecen ante la grandeza del amor del alma, hijo de la virtud y extraño al cálculo.

Desde el dia en que Luis se despidió de ella, Maria comenzó á entristecer.

Durante la noche lloraba en silencio la ausencia del noble jóven que la amaba; pero apenas amanecía se levantaba de su cama, enjugaba sus lágrimas y se entregaba á los queháceres domésticos.

Los autores de sus dias pronto comprendieron como he dicho, el mal que la habian causado, al sentirse vencidos por su cariño y por el dolor que ella manifestaba á despecho de su voluntad.

Los padres siempre son dignos de recibir este nombre, que encierra un tesoro de sentimientos generosos.

Los sufrimientos á que condenan á sus hijos, raras veces son inspirados por otro sentimiento que no sea el de su bien, que tal vez no alcanzan á comprender, cegados por el amor ó el orgullo.

Si á los padres de Maria al convencerse que ella amaba á Luis de todo corazon, les hubiera sido dado deshacer lo hecho, habrian arrancado del libro de su vida la pájina que los deshonoraba. Pero la vanidad, el amor propio, el orgullo, en una palabra, son enemigos de las buenas acciones y malísimos consejeros.

Ellos dejaban al tiempo el poder de borrar de la memoria de Luis, el recuerdo de la mala accion que habian practicado.

Conociendo, aunque tarde, las buenas prendas del pobre jóven, pensaban que su vida tenia que ser muy corta, sino veian á su hija unida á él.

Creian que el amor lo venceria, y que de su parte vendria la iniciativa de una reconciliacion.

Maria, mientras tanto, se alejaba de los placeres que habian formado su encanto.

Sus flores carecian de cuidado, porque ella no experimentaba placer al verlas abrir sus hojas. Ellas no podian cubrir las espinas de que estaba sembrado su camino; ellas no podian servir de adorno á su cabeza, porque la vírjen dolorida no entrelaza flores en sus cabellos; ellas no podian representar en las manos de Luis, las ilusiones de su dueña; ellas, en fin, belleza y alegria de los campos, parecian un sarcasmo en el camino árido de su existencia.

La pobre niña encerró su dolor en el espacio reducido de su alcoba. Raras veces salia á recorrer los sitios testigos ayer de su felicidad, porque todo le recordaba al amigo que habia perdido.

Los ladridos de los perros escondidos en los matorrales de los bosques, le recordaban los del fiel mastin, compañero inseparable de Luis.

Al escuchar el ruido de los disparos de algun cazador que perseguia á las palomas en el cercano monte, Maria se estremecía, porque creia percibir entre las hojas el ruido de las pisadas de Luis, que volvia á su casa con el morral lleno deavecillas.

El viento que estremecia las hojas de los árboles, el agua que susurraba entre la cuenca de los

arroyos, las aves que cruzaban sobre su cabeza buscando la corriente de la laguna para apagar su sed, levantaban en su corazón écos lastimeros.

Los espectáculos de la naturaleza que convidan á la meditacion, ora con la luz de las alboradas, ora con los pálidos colores de la tarde, ora con el silencio imponente de las llanuras, no estaban rodeados de aquel encanto de otros días, en que cada rayo del sol naciente, cada nube del cielo, cada armonía del viento, levantaban en su alma la imájen del amor de Luis.

*El espectáculo está en el espectador*, ha dicho un poeta. Y en verdad: la cuestión de la belleza suele ser mas de corazón que de arte. La aldea en que nacemos vale mas para nosotros, que las grandes capitales, á las cuales no nos vincula ninguna afeccion.

La felicidad del alma engaña los sentidos del cuerpo, presentando hermoso á sus ojos todo aquello que pertenece ó que rodea al objeto amado.

Toda hermosura le es indiferente ó pierde sus atractivos, contemplada por el prisma del dolor.

Las sombras del alma pueden llegar á empañar al mismo sol.

Para Maria todo ha perdido su encanto, desde que no vé á Luis á su lado.

Solo los árboles del templo á cuya sombra la espera todos los Domingos, mantienen incólume su esplendor. Bajo ellos Maria aspira hálitos de vida, al recojer en su corazón las emanaciones de sus hojas ó de sus flores.



La vista de Luis reanima su esperanza y fortifica su creencia, de que han de sonreír á su amor días mejores. Cuando esta ilusion acaricia su mente, la pobre niña se entrega á su antigua é infantil alegría. Sale de su casa y visita la de los pobres; comparte con ellos su pan y sus ropas, y piensa que las oraciones de los desgraciados le alcanzarán del cielo la realizacion de sus aspiraciones.

Al entregarse al reposo, la vida ficticia del sueño se le presenta encantadora. Las penas desaparecen: se encuentra en medio de una familia que la llama *madre*: los pobres consolados por ella, la honran con el título de *amiga*: el placer de practicar el bien, ocupa su corazon, fiel guardian del tesoro de virtud que Dios depositó en él.

Pero las luchas en que el hombre desespera del resultado de la batalla á que lo provocan la sociedad ó las preocupaciones de su familia, volvian á renovarse en el alma de Maria, cuando la duda empañaba su fé.

Entonces se convencía de que el dolor es la herencia de las almas nobles, y buscando la confirmacion de sus temores, recurria al libro en que Virginia le decia desde el fondo del mar y dominando con su voz el sonido aterrador de las olas: *el amor es la muerte!*

Maria veía tambien á Graziella, ajitada, anhelante, de pié sobre las costas de Nápoles, esperando en vano el regreso de su amante. Sobre las alas del viento que convulsiona las aguas del Golfo, creía

recibir esta sentencia pronunciada por la procitana:  
*la ausencia es el olvido!*

En esos momentos de descepcion, las espesas arboledas de *talas y espinillos* que se descubrian desde su ventana, le recordaban los bosques salvajes del nuevo mundo. Del seno oscuro de sus matorrales, creia oír salir la voz de Atála que cantaba como las madres de los Natches en la hora de la amargura: *la vírjen que ama sin esperanza, no alcanza mas palmas que las de la muerte! Corona de mártir es la de la vírjen que ama sin esperanza!*

Maria escuchaba en su delirio el estampido del arma que despedazó el cráneo de Werther. . . . El vértigo la dominaba entonces, y el delirio de la fiebre del dolor, la empujaba al borde del abismo en que se sepultó el pobre estudiante aleman.

Pero la fé, noble compañera de las almas sensibles y relijiosas, venia en su apoyo, y separaba su mirada del cuadro desolador que le presentaban las olas del mar en que murió Virginia, las costas de la cabaña de Graziella, el bosque que guarda las cenizas de Atála entre sus cortinas de lianas y enredaderas, y el cuarto en que Werther puso fin á su existencia.

Maria pedia á Dios con los ojos fijos en las estrellas, que así como estas disipan las tinieblas de la noche, iluminára con la luz de su mirada las sombras de su alma!

La oracion como un rocío del cielo, refrescaba

las marchitas flores de su vida. La fé que aquella enjendraba en su corazon, corria ante sus ojos un velo para ocultarle el horror de la novela; velo que caia despues, para dejarla contemplar un porvenir exento de lágrimas y dolores.



## XI.

Un alma como la de Luis no soporta sin gran estorcion, la pérdida del amor que ha acariciado los mejores dias de su vida.

Separado del lado de Maria por una voluntad opuesta á la suya, él veia su imájen en todos los lugares en que la habia hablado: en el templo en que la habia conocido: á la márjen del arroyo, cuyas aguas habian visto correr á la caida de la tarde: en el vallecito vecino á su casa, en que recojieron las primeras violetas: en la estendida llanura en que contemplaban la puesta del sol: en la estrella que mas brillaba en la noche, sobre la gran lámina de los cielos!

Todo lo que le rodeaba embellecido ayer por la alegria, estaba hoy cubierto con las sombras del dolor.

El *ombú* majestuoso de la pampa, bajo cuyas

ramas encuentra asilo el pasajero en la noche y en las horas del calor, y cuya copa es la gran sala de concierto en que los pajaritos se reúnen para saludar á Dios en la mañana, ya no fué para él desde ese día el árbol amigo confidente de sus ilusiones.

El ceibo con cuyas flores rojas adornaba Maria sus cabellos, perdió para él toda su hermosura: “sus flores le parecían pintadas con la sangre de su destrozado corazón.”

En las largas noches del invierno, cuando el viento y la lluvia azotaban los cristales de su habitación, el recuerdo de su madre y de Maria, le presentaba de relieve su horfandad en el mundo: “si mi madre viviera, se decía, y Maria fuera mi esposa, yo no me encontraria en esta triste situación! El tiempo pesa sobre los hombros, cuando no están á nuestro lado la madre y la esposa que nos alientan en la fatiga y embellecen con su cariño las horas del descanso. Oh! si ellas ocuparan un lugar en esta casa, las horas serian para mí minutos y los días horas! Al calor de la lumbre y junto á las personas queridas, las notas salvajes del viento y de la lluvia, pierden toda su tristeza! La soledad, encantadora amiga del que ama con esperanza, es el verdugo de los que lloran sin consuelo!”

Algunas veces Luis seguía con su mirada la marcha de las nubes, que se atropellaban tumultuosas como sus pensamientos.

Los caseríos lejanos que dominaban el campo desde las lomas en que habían sido levantados,

perdian en esos días su bello colorido. Los insectos que zumbaban revoloteando sobre la superficie cenagosa de las *cañadas*; los gritos de las aves de paso que cruzaban velozmente buscando para defenderse de la tormenta, el *juncal* de la laguna ó la arboleda de alguna Estancia; la voz sorda del trueno que hablaba de la grandeza de la tempestad, y cuyo éco repetían los bosques en sus sombrías soledades,—y el fúnebre color del cielo, empañado por el soplo de los vientos, que pugnan por romper las puertas de su cárcel, para recorrer la tierra, doblegar los pinos seculares, devastar los jardines y arrancar de la superficie de los campos las yerbas y las espigas,—transmitían al corazón de Luis toda la tristeza que imprimían á la naturaleza!

En esas tardes montaba su caballo y lo dirigía sin rumbo, buscando en las emociones de los viajes, un lenitivo para su dolor.

Sus peones ignoraban el camino que seguía, pues él no noticiaba á nadie sobre estas incursiones misteriosas.

En una de ellas lo hemos visto al principio de este cuento, tomando parte en una fiesta de *payadores*, y entre el pueblo que canta sus dolores ó sus glorias al compás de los *tristes* de la guitarra.

Durante las ausencias de Luis, la casa de la Estancia permanecía cerrada y solitaria, dando lugar con este abandono á las hablillas del vulgo y á los temores supersticiosos de algunos, que la creían habitada por espíritus del otro mundo.





## XII.

En una noche del mes de Junio estaban sentados cuatro gauchos en el corredor que precedia á una pulperia, rodeando una hoguera sobre la cual *calentaban una caldera de agua*

La mezquina luz de un candil atravezaba por entre los hierros de la ventana, que separa en las pulperias de campaña, al comprador del vendedor.

El pulpero dormitaba sentado sobre el casi desvencijado mostrador, y su mujer dormia en el fondo de la habitacion, el mas tranquilo de los sueños.

Cada uno de los parroquianos tenia á su lado un vasito de caña, medio vacio por sus frecuentes libaciones.

Las lenguas de los loros parecian haber pasado á sus respectivas bocas, tal era la locuacidad que manifestaban. Yerras, carreras, guerras y caballos, eran los tópicos de su inagotable conversacion,

que tenia mas *espíritu* que el necesario.

Desde la pulperia se veia el campo de Luis, al cual pertenecia alguno de los interlocutores, pues dijo:

—Pobre mozo! ya le ha *entrau* la mania de *dirse*. . . .

—Eso es viejo, contestó otro, desde la *muerte de la dijunta*, él no anda bueno.

—Ni la casa tampoco. . . . *De valde* hemos puesto la cruz á la entrada de la Estancia. . . . *Las animas* no se van. . . .

—Qué animas, amigo! Los que se mueren no vuelven *pó acá*. . . .

—Pues yo digo que sí. A las noches cuando silba el viento y pasan las lechuzas del Cementerio, se ven luces en la casa de D. Luis. . . .

—Ya se vé, ¡cómo la deja sola y se va quien sabe *aonde!*

—Ustedes se engañan, señores.

—*Diaonde!* ¿Vd. no ha visto las luces?

—Yo no he visto mas luces que las que salen de los caballos muertos. . . .

—¿Y esas luces que andan?

—Es amigo porque las corren los caballos.

El pulpero abrió los ojos y dijo:

—Yo tambien he visto luces en la casa de Don Luis.

El que sostenia la oposicion á la mayoria, replicó diciendo:

—Yo tambien las *vide* la otra noche y *jui* á la casa con mi compadre Juan.

—¿De veras? preguntó con tono de incredulidad uno de los oyentes.

—*Pues nó, amigo! ¿Qué cree que á mi me asustan animas.*

—Siga el cuento, Don Pedro.

—Pues señor, juimós. Encendimos un *jósforo* en el cuarto de la *dijunta* y al dentrar el viento nos lo apagó.... Oimos un ruido y nos echamos atras.... les *asiguro* que con miedo....

—*Ahí está....!*

—Qué ahí está ni *que vaca gorda!* Salimos y *trujimos* una vela, la encendimos, y nos encontramos con un gato *encerrau* en el cuarto.... La luz que *ustedes* ven, á la cuenta son los ojos del gato....

—Esa es broma....

—Cara de bromas tengo yo....!

—Si no puede ser....

—Acaso cree que yo equivoco como vd. el lucero con un candil.... Porque han de saber ustedes, que *aquí el amigo*, una vez que hacia *ronda* á las ovejas y que se le *dispararon*, cuando salió á buscarlas ató el candil en uno de los palos de la *tranquera*, para que le sirviera á la vuelta de *baqueano pá el rumbo*. Cuando ya venia, salió el lucero muy *colorau*, porque estabamos en *seca*, y ño Agustín se *jué* derecho á él, dejando el candil como á tres leguas á la *zurda*.

—Eso no quiere decir nada. Una vez que se murió en medio del campo un *domador*, á la noche anduvo tras de mi una luz....

—Yo he visto esas luces sobre las orejas de los caballos. . . .

—Pues señores, eso dicen que se hace por el *estau* del tiempo, y que es natural. . . . Yo no les *reculo* á las luces. Mas miedo me dan los vivos. Desde el *poquito* de la puerta de la Iglesia, yo le oí decir al Cura que era *barbaridá* y *pecau* creer en esas cosas, y *asina* no mas es. ¿Para que somos cristianos si hemos de creer en *cosas malas*?

—Pues amigo, dijo uno de los presentes al levantarse todos para regresar á sus casas, echemos tierra sobre eso.

—Saben vdes. agregó otro, ¿quien anda *po acá*?

—Quién? preguntaron los tres restantes.

—*El zurdo!*

—¡Ah *pájaro!*

—Y siempre con la cruz sobre ese pecho de piedra. . . .

—Si esa no es la cruz del Señor. . . .

—Pues entónces. . . .

—¿Cuál es?

—La del mal ladron.

Despues de pagar los cuatro amigos, montaron sus *pingos*, y poniéndolos á *la par*, tomaron el camino que guiaba á la casa de Luis.

Al *desembocar* una calle de árboles que se las ocultaba, los tres supersticiosos dijeron á un tiempo y deteniendo los caballos:

—La luz! la luz!

—No es nada! dijo el mas racional de los tres.

—¿Y estos son ojos de gato? ¿Quién ha encen-

dido esa luz? preguntó uno de los cuatro.

—Yo! dijo Luis saliendo de entre los árboles, bajo los cuales acababa de verlo arrodillado el enemigo de las patrañas de los pobres *paisanos*.

Luis agregó:

—Yo he encendido esa luz y he abierto las ventanas de mi cuarto para que se *ventile*, mientras rezo al pié de los árboles de mi madre!

Despuas de saludar á Luis y despedirse de él, los cuatro amigos entablaron el siguiente diálogo:

—Qué mozo tan *corrupto*! <sup>1</sup>

—Si, es muy *cordial*. <sup>2</sup>

—Y muy *sabido*. <sup>3</sup>

—No ve que entiende *idiomias*. <sup>4</sup>

—Y es mas *ativo* que maquina de ferrocarril. . . .

—Como que se levanta antes que *gorjeen los pavos*!

—Dios bendiga á *Misio* Luis, <sup>5</sup>

En seguida se despidieron los interlocutores, haciendo tomar el galope á sus caballos.

Al separarse del grupo el que habia negado á

1 Con esta palabra suelen suplir los gauchos á la palabra *corriente* le dan tambien el significado de *franco*, tratándose de las cualidades morales de una persona.

2 *Agradable*.

3 *Entendido*.

4 *Idiomias*.

5 Los hijos de Buenos Aires al nombrar á alguna señora de respeto, suelen llamarla: *Misia Fulana*. Este *Misia* es una contraccion perezosa de *Mi Señora*. Los gauchos la aplican algunas veces á los hombres, con la variante que se indica mas arriba.

las luces de la casa de Luis el poder sobrenatural que se les adjudicaba, dijo á uno de los timoratos:

—Adios amigo: siento que vaya perdiendo el *tiento* de baqueano, pues no ha conocido las pisadas de Don Luis, y que usted que antes conocia los campos en las noches de *ñiblína* por el olor de los *yuyos*, se haya engañado tan *fiero*, equivocando el olor de un vivo con el de los muertos!

—Vaya no mas, valiente! contestó el aludido. Si se descuida, de su cuero han de sacar correas las *animas!*

## XIII.

El cura que acompañó á Doña Marta en sus últimos instantes, acababa de cumplir los sesenta años. El continuado trabajo que se habia impuesto, su celo inestinguible por el bien de las almas y su caridad evangélica, habian encanecido sus cabellos y encorbado su cuerpo, hasta hacerlo aparecer como un anciano septuagenario.

Su noble y elevada figura, sus espaldas doblegadas bajo el peso de la labor y de los años, su ancha y despejada frente, sus blancos cabellos y el perfil de su rostro demacrado, traian á la memoria la imájen del Padre Aubrí; de aquel celoso misionero de los bosques del nuevo mundo, de quien nos habla Chateaubriand en sus inmortales libros.

El Padre Antonio pertenecia á una familia acaudalada. De su patrimonio quedaba como recuerdo, una escuela para los pobres y un templo, en cuya obra habia invertido casi todo su capital.

En la época en que fué nombrado Cura, el pue-

blo carecia de un local decente para la celebracion de los augustos misterios.

El Padre Antonio emprendió la construccion de una Iglesia, sin mas recursos monetarios que los propios, y con una fé profunda en que el cielo no habia de abandonarle en su empresa.

A cierto tiempo, y cuando solo faltaba al templo su adorno interior, el Padre Antonio firmó un documento, por el cual se comprometia á pagar á dos meses de plazo, quince mil pesos que importaban algunas fanegas de cal que eran necesarias para la conclusion de la obra.

Vencido el plazo, el buen Cura no tenia un cuarto con que hacer frente á su compromiso.

El acreedor se presentó en la mañana de un dia del mes de Noviembre, á cobrar su cuenta. El cura le suplicó que volviera á las doce del mismo dia. Salió de su casa á buscar el dinero, pero no encontró á nadie en condiciones de poder facilitárselo.

—No importa! se dijo: Dios pagará esa cuenta.

De regreso á su casa, el acreedor lo esperaba en ella.

—Vuelva usted á la oracion, le dijo.

El Padre Antonio se encerró en la Iglesia y oró toda la tarde, porque decia: “solo Dios puede auxiliarme.”

Cuando las campanas de la oracion sonaron, el cura empezó á pasearse por la sala de su casa: un solo peso no habia ingresado en sus arcas!

De pronto llaman á la puerta y una señora se



presenta en ella y le ofrece en nombre de su esposo una donacion de *quinze mil pesos*, que este habia prometido á la Vírjen, si lo protejia en una espedicion peligrosa á las pampas que acababa de realizar con completo éxito.

—Quién la envia á usted señora? preguntó admirado el Padre Antonio.

—Mi esposo, señor cura, respondió la interpelada.

—Ah! no señora! Dios me manda este dinero por conducto de usted, porque le he pedido que asi lo hiciera, y he esperado en su bondad con entera fé! <sup>1</sup>

El Padre Antonio con solo su presencia decia á las almas: estas arrugas de mi frente, esta tez quemada por el sol, este cuerpo enflaquecido, estas canas de mi cabeza, son señales elocuentes de que he trabajado con celo por el bien de mis hermanos!

Despues que terminó la obra del templo, levantó una modesta casita, que destinó para habitacion de los curas de aquel pueblo.

La casa del P. Antonio, siempre abierta para recibir al pobre y al pasajero, á quienes nunca faltaba en ella una cama y abundante alimento, ocupaba un terreno vecino á la Iglesia, y se componia de cinco habitaciones, sin mas lujo que su limpieza.

1 Histórico.

La sala tenia por mueblaje, una mesa cubierta con una carpeta de encerado, sobre la cual estaban siempre abiertos el breviario y algun libro devoto.

Junto á una de las paredes laterales se veia un estante de cedro, que encerraba algunos libros, entre los cuales se hallaban: *La vida devota de San Francisco de Sales*, *La imitacion de Cristo*, *La Biblia*, *Los Evangelios*, *La Historia Eclesiástica de Amat*, *El Evangelio en triunfo*, *Las Recreaciones filosóficas del P. Almeida* y una *Biblioteca de Predicadores Modernos*.

De la pared del frente, pendian un crucifijo de madera y dos grabados, el uno cópia de la Vírgen de Murillo, y el otro inspirado en el pasaje del Evangelio en que Jesus llama á su lado á los niños.

Doce sillas con asiento de paja y una grosera estera de esparto, completaban el ajuar de aquella humilde habitacion, que precedia al dormitorio del P. Antonio.

Esta sala servia de Tribunal y de Escuela. En ella el P. Antonio aleccionaba á los niños en los deberes del cristiano, cuando el estado del tiempo no le permitia reunirlos por la tarde en el átrio de la Iglesia, á la sombra de las acacias y paraísos que la rodeaban.

En ella el Cura oia las querellas matrimoniales, que sentenciaba inspirándose en la palabra de Jesucristo, y enseñando su cruz á los litigantes como símbolo del amor y de la paciencia que debemos profesar durante la vida.

Aquel lugar, testigo de las lágrimas de los pobres que venían á buscar consuelos para su alma, ó pan con que amenguar su hambre, era también para ellos un pedazo del paraíso, pues nunca salieron de él sin llevar la mirada alegre y el alma tranquila.

Los pobres de la vecindad amaban al Cura como á un padre. Las primeras flores de sus jardines, las primeras legumbres de sus sembrados, las primeras frutas de sus huertos, le estaban destinadas.

El las recibía con la alegría de un niño: adornaba el altar de la Vírgen con las flores, y repartía las frutas y las legumbres entre los chiquillos y sus amigos.

Nadie se había atrevido nunca á levantar su voz, contra el que olvidado de la política y de la crónica del lugar, no consagraba sus días sino á la oración y al trabajo.

El P. Antonio visitaba los enfermos, bautizaba á los niños y frecuentaba la casa de los pobres para socorrerlos, en las primeras horas de la mañana.

En el medio día rezaba, leía ó se preparaba para la *plática* del domingo en la *Misa mayor*.

Por la tarde cultivaba su huerta y su jardín.

Desde la ventana de su sala se descubría la huerta, perfumada siempre por las rosas de *todo el año* y por las emanaciones resinosas del *aguaribay* y del eucaliptus de hojas azuladas.

Cuando en las noches de lluvia ó frío alguno llamaba á su ventana, solicitando los auxilios de su

ministerio para algun moribundo ó enfermo, el cura abandonaba su cama, montaba á caballo y sin preguntar donde se le llevaba, atravesaba los campos con la confianza del que cree y espera en Dios.

Si alguno le decia: Padre, vd. se espone!—él respondia: mi vida vale poco: mi conciencia no reposaria tranquila si no atendiera á los llamados de mis feligreses, por temores infundados. ¿Quién puede robar á un pobre?.... Yo no llevo mas alhaja sobre mi cuerpo, que el crucifijo que doy á besar á los moribundos....

El P. Antonio tenia un muchacho, hijo de un pobre gaucha que murió en la frontera defendiendo la propiedad y la riqueza de su patria. Al morir dejó encomendado á uno de sus compañeros, que le escribiera á su esposa, pidiéndole que suplicára al P. Antonio que lo encomendára á Dios y adoptára á su hijo.

El cura cumplió la voluntad del moribundo, y el huérfano fué el administrador de sus bienes y su amigo de confianza.

El Padre comenzó á amarle por sus buenos sentimientos. Gabriel, ni persiguió los nidos del jardin del cura, ni pegó á sus compañeros de escuela, ni cometió ninguna indiscrecion de niño, apesar de manejar la poco abundante fortuna de su pro-tector.

En el cumple-años del P. Antonio, su casa se llenaba de *ahijados* y de pobres, de niños y de viejos, que venian á ofrecerle el testimonio de su

alegría, por haberlo visto llegar á ese día con felicidad.

El Padre Antonio solía decirles:

—Amigos! esta vida no es sino un camino<sup>1</sup> que conduce al cielo. En este camino, mas ó menos largo, cada año es una posta en que el viajero parece descansar. . . . Desde ella yo contemplo lo que llevo andado, y me felicito al conocer que en pocas postas mas detendré mi paso! . . . .

Al oír estas palabras los pobres exclamaban:

—Ah! no señor! vd. vivirá mucho tiempo para consuelo de los desgraciados!

—Mi cuerpo y mi alma, replicaba él, piden reposo. . . . Vuestras palabras no son justas: yo nada valgo, nada puedo, nada soy! Dejadme entónces velar por vosotros, si es que el cielo en su misericordia, pone vuestros deseos y vuestras oraciones en la balanza de mi porvenir, y estos pesan mas que mis culpas! . . . .

Aquel día el silencio de la casa del cura era interrumpido por la algazára de los chiquillos, que le comían los bizcochos y los dulces con que lo obsequiaban sus feligreses.

El cura solía decir al ver á los muchachos encaramados sobre su cama ó en las sillas de su despacho:

—Felices vosotros que no conoceis la culpa y que amais el bien por instinto!

1 M. Mullhall.

Un día en que Luis escuchó las anteriores palabras, le replicó:

—Felices, Padre, aquellos ancianos que como usted, apesar de conocer todas las miserias de la vida, son la encarnacion de la esperanza y del consuelo!

El Padre Antonio bajó los ojos y calló. Luis agregó:

—Cuando usted visita el *rancho* miserable del pobre gaucho, cuando usted bendice á los novios ó bautiza á los niños, los padres de estos, los desposados y los pobres, esperan que las oraciones del santo les conquistarán esa fé y esa tranquilidad de espíritu, que forman la belleza de la inocencia!

— Tú exajeras, hijo mio!

—No exajero, Padre! Hablo por esperiencia. En los grandes dolores porque ha pasado y pasa mi corazon, solo usted ha podido infundirme aliento y hacerme esperar dias mejores....

—No digas eso, Luis. Un cristiano como tú que ama á Dios y espera en Jesucristo, no debe adjudicar á los hombres lo que es obra de la religion que practica. Suponiendo que yo fuera bueno, si tú no quisieras serlo ¿qué valdrian mis consejos?

—Ah! señor! Cuando el hombre débil padece ciertas tribulaciones, su fé vacilaria sino hallárase en su camino un intérprete de la voz del cielo que nos ordena creer y esperar....

—No, yo no acepto semejante doctrina....

Basta para fortalecer la fé del cristiano, el ejemplo de Jesucristo. . . .

—¿Y cuando el hombre siente flaquear sus fuerzas bajo el peso del dolor que lo abrumba? . . . .

—Entónces debe el hombre recordar aquellas palabras de Kémpis: *el fuego prueba el hierro y la tribulacion al justo*. . . .

—Ay! . . . . ¿Y cuando nuestra planta no tropieza sino con espinas? . . . .

—En esos momentos debe recordar el atribulado que la cabeza de Jesus no tuvo otra almohada en su agonía, que una corona de espinas. . . . Un santo ha dicho, Luis, *que el soldado no puede ser de mejor condicion que el jefe*.

—Tiene usted razon, señor! Sus palabras vencen mi dolor. . . .

—Observo que tu alma está aflijida. . . . Hábla, confía hoy al amigo la pena que te atribula, que él tal vez podrá ayudarte á llevar una parte de su peso. . . .

—Me falta, señor, la madre adorada que endulzaba mi vida con sus caricias. . . .

—Doña Marta está contigo: los buenos padres velan por sus hijos desde el cielo. . . .

—Desde que ella murió, mi hogar está apagado: la soledad me rodea y mis noches me parecen mas largas que las del Polo. . . . Cómo usted sabe, una afeccion noble y pura se apoderó de mi corazon despues que aquella dejó de existir. . . . Amé y fuí correspondido. . . . La ambicion de los padres de Maria no se satisfizo con mi hon-

rado trabajo, y fuí despedido de su casa como un bandolero que infama con su contacto á aquel á quien se acerca. . . . La calumnia ha ido á soplar con su aliento envenenado en el corazon de su padre, y á decirle:— ese desgraciado busca tu proteccion y tu nombre, para aumentar el caudal que él no puede obtener confiado á sus solas fuerzas. . . .

— Esas son nubes de verano, querido amigo. . . .

—Nubes de verano, que rodean de sombras mi existencia y mi honra acrisolada. . . .

—La calumnia no puede manchar tu honor; oscurecer la buena fama y la virtud verdadera con la mentira, es una tarea tan irrealizable, como manchar el mar con una gota de tinta. . . .

—Desde que Don Pedro fué agraciado por su favorecedor con la direccion jeneral de la Estancia, se ve asediado por su vanidad y por dos ó tres intrigantes de mala ley, que al adularlo pretenden hacerme el hombre mas desgraciado de la tierra. Ay! Padre! Su alma de usted noble y recta, no alcanza á descubrir todos los secretos y villanias, del que juzgando las intenciones va hasta la calumnia. . . . Ademas, su corazon exento de pasiones, no comprende tal vez toda la estencion del amor que el mio experimenta. . . . Maria era la luz que encaminaba mi vida, el único orgullo de mi corazon. que soñaba con el amor de una mujer perfecta. . . .

—Maria te ama, ¿no es verdad?

—Si señor.



—Pues entónces, deja al tiempo y á ella el vencer los obstáculos que se atraviesan hoy en tu camino. Tu virtud, tu amor al trabajo, y la fortuna que obtendrás por medio de él, te pondrán á cubierto de esas suposiciones y malos juicios que ofenden hoy tu delicadeza.

—Tal vez se cumplirán los vaticinios de usted... Pero á mi edad esperar en el juicio del tiempo venidero, es lo mismo que condenarme á morir....

—No hijo mio, no. Ni tú, ni el anciano decrepito, pueden profesar esa creencia. Cuando tratamos de justificar nuestra conducta ó de vencer á la calumnia, no debemos abrigar la conviccion de que es morir trabajar noblemente por confundir á esta, y ennoblecer aquella. Trabajar y esperar entónces, es vivir luchando para vencer. Te equivocas al suponer que yo no comprendo la fuerza de tu cariño, porque olvidas que el árbol viejo ha sido jóven.... Lo que hoy hallarás en mi, es mas experiencia y ménos vivacidad y calor en las ideas.... La juventud quiere saltar todas las vallas que la detienen en su camino; por eso comprendo que te mortifique la voz que te exige que tengas prudencia y que te aconseja que reposes tranquilo en los brazos de la fé y de la esperanza....

—Usted me ha entendido mal... Las palabras de un santo no pueden mortificar sino al perverso....

—Suprime los elogios que me empequeñecen.... Cuando me llamas santo, me avergüenzo de no haber trabajado por serlo, y quizá de ser tal vez

tan hipócrita, que obligo á mis amigos á confundir el oro falso con el verdadero.... Volviendo á nuestro diálogo anterior te diré para terminar, porque mis obligaciones reclaman mi presencia en otro lugar, que debes abandonar esas ideas lúgubres que oprimen tu corazón. Desde que murió tu madre y sufriste la contrariedad que hoy te aflige, tu vida es errante y vagabunda.... Abandonas tu casa, huyes de la sociedad y solo se te vé algunas veces en las fiestas del gaucho, cantando tristes trovas.... Déja esa vida.... Trabaja por ponerte á cubierto de la maledicencia, y espera que el que alimentó á Elias en el desierto, no ha de abandonarte en este mundo!

—Oh! sí, tiene usted razon, Padre Antonio. Seguiré sus consejos, que son idénticos á los de Maria. Ella me alentaba ayer con su palabra: hoy me dicen sus ojos lo que sus lábios no pueden pronunciar....!

—Pues entónces, no marchites su esperanza. Ella merece que sacrifiques por su cariño, tu amor propio que han herido sus padres.... Yo espero que no olvidarás que Jesus nos manda perdonar las injurias, cuando llegue el momento de poderles exigir que satisfagan los deseos de su hija....

—Perdóneme usted Padre.... Yo no volveré á pedir lo que ántes me negaron.... Si mi conducta les hace olvidar su vanidad ó aniquila sus malos juicios; si ellos complaciendo á su hija quieren llamarme hijo tambien, yo olvidaré entónces todas sus ofensas en los brazos de mi esposa.... La

esperanza que usted me ha infundido, me hace presentir mi triunfo, pero no mi humillacion....

Al finalizar Luis su réplica al Padre Antonio, se presentó Gabriel en la puerta del despacho.

—Qué se te ofrece, Gabriel? preguntó el cura.

—Los caballos ya están ensillados. No se detenga usted, porque el lugar en que vive la enferma está distante y como puede ser larga su Confesion, tal vez nos tome la noche en medio del campo....

—Bien, vamos, contestó el cura, y tomando su sombrero y su breviario agregó: adios, Luis; luego nos veremos en la tertulia de la botica.

—Adios, señor: qué tenga usted un buen viaje, contestó el aludido.

Al ir á marcharse el cura, se presentó un chiquillo en la puerta de la sala:

—Señor cura, dijo muy ajitado, el caballo del *aguatero* ha entrado en la huerta, y se ha comido los *choclos* y pisado todo el sembrado....

—Y qué quieres hacerle, Andresito?

—Señor, yo he tomado el caballo y lo he atado á un árbol, para que usted le haga *sacar multa* á su dueño, pues lo deja suelto todas las tardes.

—Anda, Andres, á soltar ese pobre animal.... Quién sabe si habrá olido pasto hoy! Si se ha comido el maiz, en el año que viene, si Dios quiere, volveremos á sembrar....

—Para que se lo vuelva á comer el caballo de ese hombre descuidado....

—Mira, Andres, cercaremos la huerta para que no entren los animales del vecino. . . .

—Mejor fuera que pagaran el daño. . . .

—Lo que piensas no es caritativo: con el valor de esa multa impuesta por un daño pequeño, ese pobre padre comprará mañana el pan de sus hijos. . . . Si deseas vivir en paz con los hombres y practicar la caridad, ve, oye, calla y soporta resignado las molestias que producen en la sociedad, la diversidad de inclinaciones de los hombres, la falta de educacion de algunos de ellos ó los malos instintos de los otros.

## XIV.

La resistencia que opuso Maria á las pretenciones de Alberto, obligaron á este á desistir de su intento.

Alberto estaba dotado de un alma incapaz de abrigar el resentimiento. Por otra parte, su amor no tenia el carácter de abnegacion y de firmeza de las grandes pasiones. Abandonar la conquista de Maria, no era para él un gran sacrificio. Asi fué que desistió completamente de la obra de conseguir á fuerza de labor y constancia , la correspondencia que no podia obtener de buena voluntad.

Los padres de Maria, fueron contrariados por esta determinacion. El edificio que habian levantado, se destruia por su base.

Su situacion era embarazosa: el esposo que habian destinado á su hija, no tenia la constancia de los antiguos trovadores, para ablandar el corazon de la ingrata: habian ofendido á Luis, jóven deli-

cado y pundonoroso, sin tener mas razon para ello que el amor que profesaba á su hija. Esta, sin perder el respeto que les debia á los autores de sus dias, no era para ellos la niña comunicativa, ni la muchacha festiva, que con la conciencia inmaculada atravesaba cantando su camino.

El amor por ella los habia cegado, y tratando de ofrecerla una vida de ventura, habian por el contrario, labrado su desgracia.

Verla rodeada del lujo que ellos no habian podido ofrecerla, fué su suprema aspiracion.

Maria, mas elevada que la vulgaridad, buscaba otro brillo que el del oro, en el amor que la dominaba.

El dulce resplandor de la virtud, la educacion de la familia, el cuidado del hogar, los desvelos por la salud de los hijos, y el cariño por el esposo, no se adquieren cambiando por oro una falsa afeccion, que engaña al amante crédulo y fatiga el alma con el finjimiento continuado á que la condena el mezquino interés.

Don Antonio y Doña Marta ya no pueden segun su creencia, retroceder en el camino á que los lanzó un exceso de cariño injustificado.

Su vanidad padece al suponer que Luis no puede volver á tener en su casa el puesto que su corazon le habia hecho ocupar, sin que ellos le pidan disculpa de la ofensa con que lo han afijido.

Don Antonio que veia empalidecer á su hija, que descubria en sus ojos las huellas del llanto, dejaba correr los dias alimentando la idea de resta-

blecer su alegría por aquel médio. Pero para humillar su amor propio, siempre pide espera el corazon del hombre.

El pobre padre mas digno de lástima que de reproche, lloraba en silencio al contemplar á su hija todas las tardes, en que iba á sentarse en la vecina *ramada* para entregarse á sus meditaciones con entera libertad.

Cuando Don Antonio mejoró de fortuna, uno sus primeros cuidados fué comprar á Maria un piano, *para que no olvidára las lecciones de música que habia recibido*, y cultivára las buenas dotes artísticas de que habia sido dotada por la naturaleza.

En la tristeza que dominaba á Maria, la música era un confidente de sus dolores, y el lenguaje con que los espresaba.

Por las noches evocaba sobre el teclado de su piano el espíritu del dolor, y sublime como la Pitonisa antigua, lo hacia hablar y jemir, llorar y cantar himnos de muerte, tristes como el adios del poeta á la patria y al amor.

Las mas melancólicas armonias, las notas mas sentimentales de Lucía ó de Leonor, y los tristes nocturnos de los maestros alemanes, se sucedian en aquel instrumento pulsado por la mano del infortunio.

Otras veces el alma de Maria guiaba sus manos dejando escapar bajo la presion de sus dedos, armonias sin órden ni nombre, que reproducian los transportes de su corazon bañado en dulce y vaga

melancolia, ó herido súbitamente por el infortunio.

Su padre escuchaba con los ojos empapados en lágrimas, estas manifestaciones del amor inocente de Maria.

Ay! de aquellos que desean estar en el lugar de las víctimas, cuando la voz de la conciencia interrumpe su sueño, y que llevan dentro de su pecho el verdugo del remordimiento!



## XV

Era una de las primeras tardes del verano.

Los tristes balidos de las ovejas y los mujidos de los bueyes en el *rodeo*, [anunciaban el fin del día.

Desde el corredor de la Estancia de Luis, se alcanzaba á ver las torres del cercano templo.

El arroyo á cuya márjen descansaba el pueblo, mas transparente que nunca, reflejaba el disco solar, médio velado por las nubes del crepúsculo. Algunos animales bebían en su corriente silenciosa.

A la derecha se veía la luna que se levantaba perezosamente sobre un trono de blancos vapores, y que difundía su claridad, aun dudosa, por la acción de los últimos rayos solares.

El viento improvisaba haces de trigo y ajitaba las yerbas menudas coronadas de florecillas blancas, haciendo presentar á la masa de la vegetación, el aspecto de la corriente de un río caudaloso. La

ilusion era completa, dirijiendo la mirada á una larga distancia: los campos parecian inundados: el humo que se escapaba de algun rancho medio oculto por las lomas ó los *cardales*, figuraba las velas desplegadas de algun bajel que surcaba aquellas mansas aguas.

Los árboles alzaban la plegaria de la tarde con sus millares de lenguas, imprimiendo con sus armonias mayor solemnidad á la lejana voz de las campanas que tocaban la oracion.

La media luz del templo alumbrado solamente por la lámpara del Sagrario, parecia prestar sus débiles rayos al cielo.

No se escuchaba ningun ruido producido por el trabajo.

Dios estaba en el aire, en la luz de las estrellas, y sobre el carro plateado de la luna.

Los árboles se inclinaban ante aquella majestad transfigurada en las nubes del firmamento, á quien los labradores saludaban al despedirse del trabajo.

El autor de estos renglones quiere poner aqui un paréntesis, para decir algo que le es personal.

En la hora misteriosa del crepúsculo vespertino; en esa hora en que el triste llora, el que ama sueña, y el malo vé la primer vision que en la noche le atormenta,—en ese momento en que el sol desaparece y la luz de lo vago y de lo indefinido nos rodea; en esa hora en que la estrella mas bella se destaca entre sus compañeras, y recuerda á nuestro corazon á la mujer que para él brilla entre todas las mujeres; en esa hora, decia, mi mente recorre

todos los lugares de los campos que me son queridos.

Riberas cubiertas de flores! deliciosas islas del Paraná y del Carapachay! arboledas majestuosas de San Fernando! alamedas que crucé por primera vez en los días inocentes de la infancia! ombúes que coronais las barrancas de San Isidro! paisajes siempre verdes, siempre frescos de los Quilmes! retamos cubiertos de flores que servis de zócalo á la Iglesia del Pilar! rio de Lujan que fecundais los juncos de vuestras orillas y moveis las ruedas de los molinos de trigo! nogales frondosos de Areco! límpida y caudalosa laguna de Chascomús! bosquecillo de talas y ñapindais de las márgenes del *Salado!* puras y tranquilas aguas de *La Limpia!* sitios amenos en los cuales he dejado un pensamiento ó que habeis arrancado á mi alma una nota armoniosa, que me ha conquistado un aplauso! yo os recuerdo en la hora misteriosa del crepúsculo, porque á su luz he soñado en vuestra presencia!

¡Felices los que escentos de inquietudes y agitaciones, encuentran á la sombra de vuestros árboles, ¡oh campos! á la márjen de vuestro cauce, ¡oh rios de mi patria! la paz de la familia que gobiernan y el amor de la esposa que aman!

.....  
Ahora continúa el narrador su interrumpida tarea.

La noche habia avanzado: las llamas de los *fogo-*

nes y las luces de los ranchos, desaparecian por instantes.

En el horizonte se apercibian los reflejos de un incendio, que poco á poco fueron creciendo hasta transformarse en lenguas de fuego, que en breves instantes empezaron á lamer una gran estension de la llanura.

En esta estacion son muy frecuentes en nuestros campos los incendios, producidos unas veces por la fuerza de los rayos solares en el medio dia, y otras por las chispas escapadas del fogon del gaucho indolente, ó por el *pucho* de cigarro arrojado entre las pajas por algun pasajero.

Pero estas *quemazones* no tienen consecuencias funestas, por la falta de *poblaciones* en nuestras deshabitadas llanuras.

El fuego devora las pajas y las yerbas secas y vá á morir comunmente entre las aguas de los arroyos y lagunas.

Cuando el gaucho ve amenazada alguna propiedad, recurre para ahogar el fuego á un método bastante orijinal.

Hace matar dos ó tres *reces* y las *enlaza*, para en seguida arrastrarlas á gran galope sobre el campo incendiado.

Por medio de esta operacion, logra reducir el incendio y cortar su carrera á las llamas.

Los campos incendiados presentan en los dias nublados y calurosos, un aspecto aterrador.

El humo que se junta con las nubes, hace perder su diafanidad á la atmósfera, y la transforma

en una gran masa informe que recuerda el caos de los primeros días del mundo.

Las llamas que tapizan la tierra y se levantan sobre las álas del viento, parecen mensajeros de los abismos encargados de cerrar el paso á los fugitivos moradores de las miserables cabañas.

El huracan las dilata, las hace arrastrarse sobre la tierra, las eleva, ó las mece como á un acróbata que se columpia en su trapecio.

El campo, en una palabra, se convierte en un horno inmenso, que vomita per todas partes humo y llamas.

Pero cuando el incendio, como en la noche que nos ocupa, se contempla en lontananza, el cuadro pierde el horror de ese fantástico colorido.

El horizonte se ilumina: lo ciñe una faja rojiza semejante á la de la aurora: el día parece adelantarse por un capricho sin esplicacion, y algunas aves poco avisadas, saludan la ficticia alborada.

Como hemos dicho anteriormente, la noche avanzaba.

El viento murmuraba entre los árboles, que parecían fantasmas que hablaban entre sí un idioma desconocido.

El grillo estaba empeñado como siempre en hacer el tiple en el concierto de la naturaleza, interrumpido por la campanilla de la *madrina* de las *tropillas* ó por los llamamientos de los zorros á un *Don Juan*<sup>1</sup> desconocido, que vienen buscando desde

<sup>1</sup> El zorro grita por las noches de una manera tan rara, que el gaucho

que el Creador los echó al mundo.

En algunos momentos se percibía el ruido del galope de algun jinete estraviado, ó el canto del *paisano* que volvía á su casa *soltando coplas* para asustar al miedo, ó el crujido de los ejes del pesado carreton, que por el camino *real* marchaba paso tras paso, conduciendo á la ciudad los productos de alguna Estancia, representantes tal vez de las ilusiones de algunos de esos jóvenes *desterrados*, que van al campo á buscar el capital que necesitan para responder á las exigencias de una futura familia.

De pronto escuchó Luis, que contemplaba desde su casa este cuadro, un ruido semejante al que produce una *Dilijencia de campaña*, al llegar á una *poblacion*.

Crejó oír el toque de la corneta del *mayoral* y el galope de muchos caballos.

Así era en efecto. Momentos despues llegaba una Dilijencia á la *tranquera* del Establecimiento.

La noche habia sorprendido en medio del campo á los pasajeros, porque en dos de las *postas* en que paraba la galera, no le habian reservado caballos, á consecuencia de que en ese dia parecian haberse *hablado* los *tropilleros*, para no estar en su lugar á la hora de la *muda*.

Puesto que el caso se presenta á propósito, permítaseme echar otro párrafo aparte.

ha interpretado sus voces, por cierta analogía que hay entre ellas y las palabras, Don Juan, del mismo modo que nosotros.

El manejo y direccion de la Dilijencia, es una barbarie heroica, como lo es una corrida de toros.

En las Dilijencias tiradas á la *cincha*, la vida de los *tronqueros* pende de un hilo. Siempre que *rueda* un caballo de las *cuartas*, aquellos infelices pagan con su vida la culpa de haber elejido algun mal camino ó de haber *atado* algun potro.

Aparte de la hermosura del espectáculo, para el que contempla con sangre fria el arrojo y habilidad del jinete, que monta y humilla á un potro medio salvaje, guiándolo á su voluntad, ora para desviarlo de una *viscachera*, ora para arrancarlo de algun precipicio; aparte deciamos, de la admiracion que produce el poder del hombre dominando con su intelijencia al bruto, necesario es convenir en que esas escenas tienen algo de primitivo y de retrógrado; algo que demuestra un desprecio poco cristiano por la vida, que debemos amar y tratar de conservar exenta de dolores.

El peon de la Dilijencia Arjentina, es un hombre admirable como resistencia física. La mayor parte de su vida la pasa sobre el caballo, abrasado por el sol, mojado por las lluvias y cubierto de polvo.

Despues de un largo dia de fatiga, se tiende á dormir en el suelo bajo su Dilijencia, si no hay algun baile en el pueblo en que *hace noche*, porque en este caso, se muda camisa y *se la pasa en claro*.

Al dia siguiente apenas amanece, vuelve á montar su *mancarron*, como si hubiera descansado en colchon de plumas.

Por esta razon, y dando prueba de un poder

equilibrista admirable, muchas veces se le ve dormir sobre el caballo.

Nuestro *Mayoral* es otro tipo digno de llamar la atención. Hé aquí su retrato en dos palabras: es honrado y valiente. Por sus manos pasan grandes cantidades de dinero. ¡Hasta ahora se ha oído decir que ninguno de ellos haya robado un peso á los pobres habitantes de la campaña! Qué es valiente, lo demuestra su arrojo cuando se trata de doblegar el cuello, (lo que sucede con frecuencia) al primer peon de *malas mañas* que se le alza con el santo y la limosna.

El *Mayoral* es amable y paciente. Durante sus viajes es molestado por las preguntas de todos los pasajeros, que desean saber el nombre de las *poblaciones* que encuentran en el camino, el de las *cañadas*, el de los arroyos y hasta el de las plantas del campo.

Cuando la Diligencia *para* en alguna posta, el *Mayoral* atiende á una obligacion que voluntariamente se impone: dar de beber á las pasajeras, á quienes acomoda lo mejor que puede, para que viajen sin enojo ni fastidio.

Al llegar á los Hoteles, oasis en que el viajero refriera sus fuerzas, el *Mayoral* que los ha delectreado mil veces y los conoce sílaba por sílaba, es decir cuarto por cuarto, y cama por cama, elije los mejores de aquellos y las mas limpias de estas, para sus pasajeros, á quienes ya trata como á hijos.

Acomodados los viajeros, nuestro *Mayoral* los saluda y les anuncia que al dia siguiente los des-



pertará muy temprano con *mate* ó *café*.

Pero aquí no acaban los servicios del Mayoral.

Un Hotel de campaña es algo muy intolerable: la luz no se apaga en estos *Establecimientos* en toda la noche, ni los concurrentes se retiran hasta la venida del día. Durante aquella no cesan, ni el canto de los filarmónicos *espirituados*, ni el ruido del choque de las bolas del billar.

Entonces el Mayoral recorre las salas como *alma en pena*, tratando de imponer silencio á los parroquianos de la casa, para que puedan descansar sus pasajeros.

En los malos pasos, el Mayoral carga sobre sus hombros á niños y señoras.

Siempre viajando, sin tener un punto de reposo, el Mayoral es un hombre de acero, que se forma un jénero de vida escepcional y una fuerza inestinguible.

El autor de estas líneas profesa un gran cariño á este tipo de honradez, de valor y de fuerza.

Reciban este testimonio de gratitud, los que le han prestado los servicios que el Mayoral se ha impuesto como obligacion.

Con todos los defectos consiguientes á *Empresas* que tienen que luchar con la falta de peones, de caballos y de buenos caminos, es necesario convenir en que las Dilijencias han transformado nuestra campaña, comunicándola con la ciudad, llevándole obreros, labradores y pastores, y sobre todo, las ideas europeas que van acabando con el *chiripá* y la bota de cuero de potro.

Poniendo punto final á mi digresion, diré, que Luis recibió á los pasajeros con marcado interés, ofreciéndoles su casa, su mesa, y el abrigo de sus habitaciones para que pasarán la noche.

El dueño de casa, apesar de lo avanzado de la hora, les hizo preparar un buen asado y algunas otras frioleras de que estaba provista su despensa.

Cuando el capon *dorado* en el *asador*, *humeaba* sobre la mesa, comenzaron las conversaciones, noticias, disputas y bromas dirigidas á un pobre viejecito sumamente aficionado á ver el fondo á las botellas de vino, y gran enemigo del agua, que él decia que debia acabar con los hombres, puesto que destruia fuertes y murallas, de lo cual no se podia acusar al vino.

El *Mayoral* de la Dilijencia, hombre comunicativo y *noticiero*, presentó á Luis á uno de los pasajeros á quienes habia conducido, diciéndole:

—El señor viene á encargarse de la Estancia del vecino. . . .

—De cual de ellos? preguntó Luis.

—De la de Don Antonio. . . .

—¿Pues qué ha sucedido? preguntó Luis sobresaltado.

—Poca cosa. . . . el dueño ha quebrado y los acreedores mandan al señor, para que prévio inventario, se reciba del establecimiento.

Luis esperimentó un vértigo: el dolor de Mariá, la desesperacion de la pobre muchacha y la desgracia de sus padres, se presentaron en tropel á su imaginacion.

—Los sueños y visiones de grandeza de D. Antonio y de su esposa, pensó, van á convertirse en humo! Pobre Maria! Cuando yo ofrecí á aquellos compartir con ella el fruto de mi trabajo, ellos me despreciaron porque creyeron que esplotaria la pequeña fortuna de que empezaban á gozar!

Oir Luis la fatal noticia y pensar lo que se acaba de leer, obra fué de un solo instante.

En seguida se levantó y fué á pasearse á lo largo del corredor.

Un momento despues dijo:

—Oh! si lo haré. . . . es mi deber. . . . si él no acepta mi ofrecimiento, Maria me lo agradecerá. . . . Y aunque asi no fuera, qué mayor recompensa para mi, que el placer de hacer el bien! . . . .

Al terminar estas palabras, entró en su cuarto y escribió la siguiente carta:

*Señor Don Antonio Paez.*

Muy señor mio:

“Acabo de informarme de la desgracia que usted “conocerá antes de leer estos renglones.

“Espero que usted no se reputará como abandonado en el mundo, sabiendo que mi casa y mi pobre proteccion le pertenecen.

“Si usted no desdeña aceptar mis buenos oficios, “puede disponer como del mas sincero de sus “amigos de

S. S. Q. B. S. M.

Al marcharse la Dilijencia á la mañana siguiente, Luis entregó á su conductor la carta que acaba de

leerse, suplicándole que la diera á D. Antonio apenas llegára á la Estancia.

—Ahora, dijo Luis, estoy satisfecho. . . . Los vaticinios del Cura comienzan á cumplirse. . . . El inocente levanta la frente abatida por la calumnia. . . . El corazon parece anunciarme que mi soledad concluye, y que Maria iluminará las tinieblas de mi corazon! . . . . Amor sublime que has sido mi tortura y mi placer! aureola de mi frente marchita por el sufrimiento! bendito seas! bendito seas por mi madre que está en el cielo!

• •

## XVI.

Don Antonio se creyó herido por un rayo al conocer la desgracia que venia á arrojarlo otra vez en la miseria, y que envolvía su pequeña fortuna en los procedimientos judiciales que se iban á seguir al propietario del campo en que se hallaba establecido.

Al comunicar á su esposa é hija la triste nueva, ámbas experimentaron una conmocion parecida á la que él habia sufrido.

Sin embargo, Maria se repuso y dijo á sus padres:

—No se aflijan ustedes: la pobreza no nos es desconocida. Nosotros sabemos trabajar, y gracias á Dios tenemos la salud suficiente para soportar las fatigas. Imaginémonos que nos hallamos en la misma situacion que cuando llegamos de la ciudad, y empecemos á trabajar con lá fé y el entusiasmo con que en ese tiempo abrazamos la

humilde vida de los pobres pastores. Yo prepararé todos los días el *asado* y el *puchero*, mi madre dirigirá el trabajo de la huerta, y un peon lo acompañará á usted á cuidar del *puesto*.

Al escuchar las palabras de su hija, padre y madre con las lágrimas en los ojos, la estrechan entre sus brazos. . . .

La voz de un peon pone término á esta escena, entregando á Don Antonio la carta de Luis.

Al leerla, sus ojos se humedecen, su pulso tiembla y la carta cae de sus manos. Su mujer la recoge y la lee en voz alta.

Al informarse de su contenido, el corazon de Maria parece escaparse de su pecho, pues sus palpitaciones se descubren sobre la tela de su vestido.

—Justicia de Dios! esclama Don Antonio. Yo que humillé á ese digno jóven! yo que viendo á mi hija ocupar una posicion espectral en la sociedad, creí que ella duraria eternamente! yo que olvidé mi deber ante consideraciones bastardas, recojo hoy el fruto de mi culpa! . . . . El calumniado se engrandece, y el calumniado es confundido por la nobleza de la victima!

—No diga vd. eso, padre mio....le replicó Maria. El amor mal entendido del padre, nunca puede ser ante los ojos de la sociedad y del hijo, objeto de abominacion. . . .

—Yo no puedo aceptar el ofrecimiento de Luis.... compraré mi pan con el sudor de mi frente. Sin embargo, su noble accion le alcanzará como repara-

cion de antiguas ofensas, mi gratitud y mi cariño.... Yo quiero ver á Luis, pedirle disculpa y estrechar su mano de amigo.... Voy á enviar á llamarlo.

Don Antonio deja á su mujer é hija, y sale á cumplir la promesa que acaba de hacerles.

Doña Lucia que no ha podido ocultar en medio de su dolor, la alegría que experimentan las almas honradas al encontrar la ocasion de reparar una falta, abraza á Maria y la dice:

—Dios bendiga el amor que yo no comprendí!





## XVII.

En la tarde del mismo día, Luis se presentó en la Estancia de Don Antonio. Apenas ató su caballo en el *palenque*, aquel corrió á estrecharlo entre sus brazos. Antes que su palabra hubiera formulado el pensamiento que se leía en sus ojos, Luis le dijo:

—Ni una palabra, señor. . . . Somos dos amigos que despues de algun tiempo de separacion, vuelven á encontrarse, tan dignos el uno del otro, como antes de la partida. . . .

Las lágrimas del anciano dicen á Luis, lo que sus lábios no se atreven á espresar, despues de las palabras que el segundo ha pronunciado.

El primer cuidado de Luis, despues de saludar á Doña Lucia y á su hija, es obtener del nuevo administrador de la Estancia, el permiso para que Don Antonio viva en ella, pues conoce la voluntad del padre de Maria, que no es otra sino per-

manecer en aquella casa, hasta que su hija sea la esposa del hombre á quien ama.

El nuevo encargado del Establecimiento, accede al pedido de Luis, y concede á Don Antonio el derecho de compartir con él, la casa y la hacienda de sus comitentes.

En la misma noche reunida la familia acuerda, que el matrimonio de Maria y Luis se verifique dentro de quince dias.

Los amantes se despiden bendiciendo á la Providencia, que al oír sus oraciones los ha puesto en la condicion de auxiliar á sus padres y de servirles de ángeles tutelares en su desgracia.

## XVIII.

Seria tarea inútil referir las emociones de los novios, después de una ausencia que habían llegado á creer eterna; narrar sus paseos y sus impresiones en presencia de aquella naturaleza silenciosa, que no tenía el egoísmo de distraer sus pensamientos, y contar uno á uno sus suspiros, sus promesas y sus sueños.

Los que se aman hacen un paréntesis á la vida en que se encierran ellos solos, y hablan y gozan únicamente con su mútuo cariño, que á pocos interesa, sino está rodeado de peripecias dramáticas.

Luis exigió á los padres de su amada, que luego que terminára la ceremonia de su matrimonio, marcharía toda la familia del Templo á su Estancia, en la cual encontrarían todos sus miembros la paz del alma, y Don Antonio la fortuna que había visto desaparecer en un minuto.



## XIX.

Los deseos de Luis se cumplieron. Terminada la bendición nupcial de los dos jóvenes, Don Antonio, Doña Lucia, Maria y el Cura, se dirijieron á la Estancia de aquel, donde quedó definitivamente instalada la familia de su esposa.

La casa estaba transformada. Las paredes de los corredores habian sido blanqueadas, la sala empapelada y el jardin reformado. Las enredaderas vestidas con las primeras flores del verano, servian de cortinas á las ventanas, defendidas tambien del sol por las parras que estaban cubiertas de hojas.

En la casa de Luis nada faltaba. Un buen aljibe conservaba limpia y fresca el agua del cielo.

Un gran palomar y un escelente gallinero, demostraban que su dueño no habia descuidado la cocina, ni dejado de cultivar la tierra para que ella produjera hortalizas destinadas á hacer compañía en la olla á pollos y pichones.

La sala tenia una estufa que debia servir de punto de reunion á la familia, en las largas y frias noches del invierno.

En una palabra, la casa de Luis reunia todas las comodidades que hacen agradable la vida del campo, á las personas no acostumbradas á soportar privaciones.

Hace algun tiempo que los habitantes de nuestros campos, carecian de estas comodidades, que no pueden llamarse superfluas. Pero ¡qué extraño es que faltáran en nuestras Estancias esos detalles, cuando puede decirse que los campesinos carecian de hogar!

Los hombres dedicados á la industria pastoril, adquieren amor á la vida errante, pues están condenados entre nosotros á vivir en medio del desierto y luchando con las contrariedades que traen aparejadas consigo, la despoblacion y las grandes distancias que separan unos pueblos de otros.

El ganadero que tiene que buscar las *aguadas* ó los campos de pastos convenientes para los animales que cuida ó posee, no forma como el agricultor <sup>1</sup> que recorre á pié sus propiedades, nucleos de poblacion, ni levanta habitaciones para reposar en ellas pocos dias.

Muchos de ellos, dotados de una fabulosa pereza, se entregan tambien á la indolencia.

1 El pueblo de Chivilcoy engrandecido por la agri cultura, es quizá el mas importante de nuestra campaña. ¡Honor á sus labradores!

Esta indolencia con que se adorna la fisonomía moral de nuestros gauchos, es hija de la desgraciada situación á que los han condenado la tiranía de los hombres y de las leyes.

El pastor-soldado, el gaucho amenazado constantemente por el servicio de las armas, el hombre que no sabe leer y que por consiguiente ignora sus derechos, no siente jermir en su corazon la noble idea de levantar una casa para sus hijos.

La familia y los goces tranquilos del hogar, no pueden existir para el que á la vez que siente sobre su cuello el peso de la contribucion de sangre que aún no ha pagado, encuentra en los propietarios el alejamiento que inspira la idea, de que mañana tal vez, se lo arrancarán por medio de una *citacion* de junto al rebaño, que se desbandará al encontrarse abandonado.

Los ricos por desidia, y los pobres por temor de adquirir aquello cuya pérdida era probable, se habian entregado al destino. Unos y otros no parecian abrigar mas ambicion, que poseer un mal techo que los defendiera de las inclemencias de la naturaleza.

Hoy felizmente, la civilizacion que invade con su creciente movimiento, campos y ciudades, va reformando los malos hábitos y haciendo aspirar al hombre á buscar las comodidades, que forman el bienestar y la tranquilidad de la familia.

Tras la Escuela que educa al hombre, hà marchado el ferro-carril, que suprimiendo las distancias y acercando la *Estancia* á la ciudad, ha llevado á ella

las comodidades que representan los muebles, los libros, los diarios y los alimentos.

La Escuela ha civilizado al gaucho, como el Evangelio ha de hacer abandonar al salvaje sus hábitos bárbaros. Hasta ahora solo hemos empleado contra estos, la última é infecunda razon de los reyes: la pólvora y las balas. Empleemos en adelante la primera razon de Dios y del progreso: el Evangelio!

Pero volvamos á la Estancia de Luis.

En el dia que nos ocupa, *patrones* y *peonada*, estaban dominados por la mas franca y expansiva alegria.

El Cura y los *paisanos* de los alrededores, tomaban una parte activa en élla.

El Padre Antonio veia realizadas una de sus ilusiones mas bellas: la felicidad de Luis.

La nóvia, ataviada con un sencillo vestido blanco, les parecia á aquellas buenas jentes, de una belleza deslumbradora, y la mas digna de todas las mujeres de recibir el título de esposa, de los lábios del hijo de Doña Marta.

Los padres de Maria al asociarse al gozo jeneral, devolvian á Luis la honra que le habian quitado, sacrificando su amor á consideraciones vulgares, hijas de la mala educacion.

Por la tarde del mismo dia, Luis sirvió á sus convidados la comida de boda, terminada la cual cada uno tomó el camino de su casa.

En esos momentos la luna iluminaba los campos con su azulada luz; el viento de la pampa impreg-



nado de perfumes, alejaba los vapores precursores de la noche; las flores del jardín se estremecían pudorosas al sentirse estrechadas por sus alas invisibles, y allá en la penumbra del *monte* y entre la hojarasca de sus árboles, el *zorzal* arrullaba el sueño de su esposa con un canto de amor.

Amantes felices! confiad al viento vuestras palabras, y él las perfumará! Contemplad el cielo, y la luz de sus astros os acariciará dulcemente! Prestad oído atento á las armonías de la naturaleza, y por do quiera escuchareis que ella repite los ecos de vuestros corazones! En esta hora la tierra, la luz, las flores y el viento de la noche, se unen á vosotros para celebrar la unión de dos almas, hermosas como los primeros sueños de la juventud!



## XX.

Han transcurrido cuatro años desde el día en que la unión de Luis y María, fué bendecida por el Padre Antonio.

Ni un pesar ha venido á interrumpir la serenidad de sus días, consagrados al trabajo y á los goces de la paternidad.

Dos niños, bellos como la primer alborada del día, forman su mayor encanto.

El mayorcito que cuenta tres años, habla como un loro, y comienza á *engañar* á su madre. El chiquillo es excelente, apesar de la inclinacion que siente por destruir las flores del jardín y pelliscar los brotos de las plantas.

Apenas *cantan los gallos* se levantan María y Luis. Despues de recorrer aquella los campos, recojiendo flores, vuelve á su casa, donde la esperan sus hijos de pié y cubiertos con blancos delantales. -

Luis sale al campo en seguida á recorrer sus

*puestos*, hasta que llega la hora de almorzar, en que regresa á su casa.

Todas las estaciones tienen para ellos placeres especiales.

Los dias templados del otoño, los convidan á visitar el pueblo vecino, ó á salir á caballo á pasear los campos de los alrededores, *poblados* por sus amigos.

La primavera vestida de flores y exhalando aromas, les trae con los cantos de las golondrinas,—heraldos del movimiento y de la vida,—la promesa de los dias de trabajo. La hinchazon de las yemas de los árboles, los brotos de las semillas, el crecimiento de la gramilla y del trébol, les anuncian tambien, la *esquila* de los rebaños, cuyo producto aumentará las comodidades de la familia, y la fortuna que ha de conquistarle en la ancianidad de sus jefes, una vida abundante y dichosa.

Los niños saludan alborozados la llegada del verano, que convertira en frutas las *cujadas* flores del durazno, de la vid y del peral.

Los ancianos saludan la proximidad del invierno, que va á reunir la familia alrededor de la estufa, para conversar alegremente del pasado, leer un buen libro ó formar proyectos comerciales ó de mejoras en la Estancia, sin cuidarse del viento que silbe, ni del frio que empañe los cristales.

El hijo mayor de María, (á quien ella se propone enseñar á leer y escribir,) todos los dias sale con la criada que lo cuida á recorrer los alrededores de la casa, y vuelve á ella cargado de informes

ramilletes de flor de alfalfa, margaritas silvestres y buenas noches, que deposita en las manos de su madre.

María cose la ropa de sus hijos, ama á su marido, y cultiva las plantas de su jardin.

En una palabra, ama á Dios, trabaja y forma el noble orgullo del hombre que le dió el título de esposa, al pié de los altares.

El Padre Antonio que la visita con frecuencia, sale siempre conmovido de aquella honrada casa, proponiendo á Luis y á María como ejemplos dignos de imitacion.

El buen sacerdote encuentra siempre á su disposicion, la fortuna de aquellos escelentes esposos.

Merced á su proteccion, él ha podido auxiliar á muchos desgraciados, de esos que carecen de pan, porque los ricos no quieren arrojarles los desperdicios de su mesa.

El Padre Antonio participa de las primeras frutas de la huerta de la Estancia.

Las mejores rosas, las azucenas, y las magnolias de la India que adornan el retablo de la Iglesia de su Parroquia, pertenecen al jardin de Luis.

Los domingos se traslada toda la familia al pueblo, para oír la primer Misa, despues de la cual almuerza en el Hotél y pasa una hora en compañía del cura.

Los dias, siempre iguales para aquellos buenos esposos, no llevan impreso ese sello monótono de la vida materialista, del que necesita en cada vein-

ticuatro horas un placer nuevo que lo ajite, una nueva emocion que lo haga feliz.

El que se entrega á esta vida, agota los placeres lícitos y vedados, sin alcanzar el contento del espíritu.

El lujo, la coquetería, la vanidad, el orgullo, y la emulacion, no son por cierto las virtudes que deba embellecer la vida de la esposa.

Si una pérdida estingue la fortuna, si una enfermedad desfigura el rostro, esos resortes funcionan inútilmente.

La madre modesta y cristiana, no debe tener mas aspiracion que el órden de su casa, mas orgullo que la alegría de su esposo, feliz con solo su amor; ni mas vanidad que la de educar sus hijos en el amor de Dios y en el respeto á la sociedad.

Cuando la familia se organiza sobre esta base, los padres ven surgir un placer inocente de cada uno de sus actos.

Luis y María se creen satisfechos contemplando el arreglo de su casa, gozando con el respeto que inspiran á sus semejantes y con el amor de su hijo.

Mañana se dilatarán para ese niño los horizontes limitados de la primera edad; y con los años que vendrán á dar forma á los sentimientos de su corazon y á madurar las ideas de su cabeza, crecerá la satisfaccion de sus padres, semejante á la del labrador que comienza á recojer los frutos de su sembrado.

Luis y Maria no ambicionan jirar en otra esfera,

que la que les han trazado sus necesidades y su fortuna.

Su ambicion no traspasa los límites de su propiedad, designados hoy por los ombúes y las *pitás* que la separan de la vecina Estancia. Su mundo está encerrado entre las paredes de su casa; su eden es su jardin; su placer educar una familia, y su mejor aspiracion cerrar sus ojos en la ancianidad, oyendo arrullar su último sueño por las oraciones del sacerdote y de sus hijos!





## XXI

Luis ya no es *habilitado*. Dueño de un magnífico campo en la frontera del Norte, la Diligencia que va á Junin, recorre muchas cuadras de tierra de su propiedad.

Luis ha adquirido una gran reputacion entre el *paisanaje*. Los gauchos tienen á su disposicion su fortuna, y sobre todo, su corazon.

Luis les sirve de *empeño*, cuando los citan para formar parte del *contingente que vá á pelear con los indios*.

La casa de éste, como la de su buena madre, está rodeada de una brillante aureola de caridad.

En su nuevo campo, Luis ha planteado muchas de las ideas que bullian en su cabeza, tendentes todas á tornar agradable la árida vida de nuestra campaña.

Antes de describir la vida de Luis, voy á decir á mis lectores lo que son los campos de Junin.

Apenas ha perdido de vista el pasajero las casas del pueblo de Rojas, la naturaleza empieza á adquirir una nueva fisonomía. La planicie desaparece y los edificios comienzan á descubrirse situados sobre cadenas de pequeñas *lomadas*.

Pocos ombúes se encuentran en este camino, porque los gauchos los cortan de algun tiempo á esta parte, por considerarlos como un iman de la desgracia.

En su defecto se ven magnificos álamos y corpulentos sauces, rodeados de una vigorosa vejetacion.

Los pastos son *gruesos*, porque el ganado vacuno todavia no ha preparado el campo, para recibir los rebaños de ovejas.

Grandes grupos de *cortaderas* coronadas de penachos blancos, cubren los ganados, que pacen tranquilamente, sin inquietarse por el ruido de la Dilijencia que pasa á escape por junto á ellos.

Los lugares bajos están cubiertos de hongos, de que los paisanos hacen *yessa*.

El avestruz asoma su largo pescuezo por sobre las yerbas: el rival del viento en lijereza, sigue allí la carrera velocísima de los venados, que cruzan el campo con la rapidéz del rayo.

El zumbido de las alas de millares de becacinas, ahoga el silbido que deja escapar la tímida perdiz, al huir del hombre que codicia su posesion.

El chajá al sentir ruido, se levanta pesadamente de la tierra, cubierta de *teros* y de pequeñas lechuzas.

El gato salvaje asoma algunas veces sus ojos de fuego, para mirar al camino, conmovido por los caballos que lo cruzan á galope.

Muchas bandadas de chorlos cortan los aires, formando líneas tan compactas, que parecen cintas negras que flotan en el espacio.

Cuando el pasajero se acerca á Junin y se descubren medio velados por la luz del crepúsculo, los perfiles de sus ranchos y de sus casas de material; cuando la noche envuelve completamente los objetos y hace presentar á los campos el efecto de una gran masa de vapores, y se oye el alerta! y el redoble de los tambores de los soldados del Fortin; cuando todo es penumbra y misterio, parece que el corazon y los pulmones se llenáran de una nueva vida. . . . .

El viento fresco de la noche, roba á las pampas el perfume de su trébol y de sus flores. En la atmósfera se esparce el aroma de lo desconocido, de lo infinito. . . . Entónces el corazon late apresuradamente, y no sé que dulce embriaguez de los sentidos, hace percibir sobre nuestra frente las caricias de la poesía, ángel que no se vé pero cuya cercanía se adivina y se siente. . . .

Ese viento, ese aroma virjinal de la pampa, tienen el poder de despertar el sentimiento dormido en el alma, recordándonos el aliento de la mujer que amamos, al posarse sobre nuestros lábios con el primer *sí* con que respondió á la revelacion de nuestro cariño!

Los ruidos de la noche, que el alma tímida sue-

le confundir en estos lugares, con el alarido lejano de los indios, tienen la salvaje é incierta armonía de las pampas.

Los gritos de los pájaros del desierto que cruzan el espacio, los ladridos del mastín y el relincho de los potros, revelan la vecindad del despoblado y de las casas de los hombres diseminadas en la llanura.

En este campo lejano de la ciudad, hermoso con el esplendor de la tierra orijinal, está establecida la familia de Luis.

Ella descansa tranquila en aquella soledad, porque ninguno de sus miembros conoce á un solo hombre á quien haya ofendido.

El arado norte-americano abre sus tierras, que recojen en sus surcos las mejores semillas.

La bomba moderna, suple la fuerza del caballo, para llenar de agua los *jagüeles* en las épocas de sequía.

Los potros se crían mansos, en el corral en que nacen.

El horno arroja columnas de humo todos los días, porque tiene que cocer mucho pan.

Los pobres de los alrededores se surten de este alimento, en la Estancia de Luis.

La huerta produce esquisitas frutas y toda clase de legumbres.

Los corrales y galpones, que sirven de habitación á las ovejas, son excelentes.

Dos grandes almacenes están destinados para

guardar el trigo, que en otros establecimientos es conservado bajo la tierra como en África.

Una buena yunta de *parejeros* está siempre en la caballeriza, á la disposicion de los que visitan la Estancia.

Luis ha alejado de la vista de sus hijos el espectáculo de la *carneada*, porque no quiere que se familiarizen con las escenas sangrientas.

María enseña á estos las primeras letras, y los rudimentos de los demas estudios primarios.

— La buena madre se entristece al pensar, que dentro de poco tiempo tendrá que enviarlos á educar lejos de su lado.

Luis tiene por centro de su amor terreno, el corazon de María, desde el cual se esparce como de un foco sobre sus hijos y los pobres.

Por eso el cielo ha bendecido *su hogar en la pampa*.

